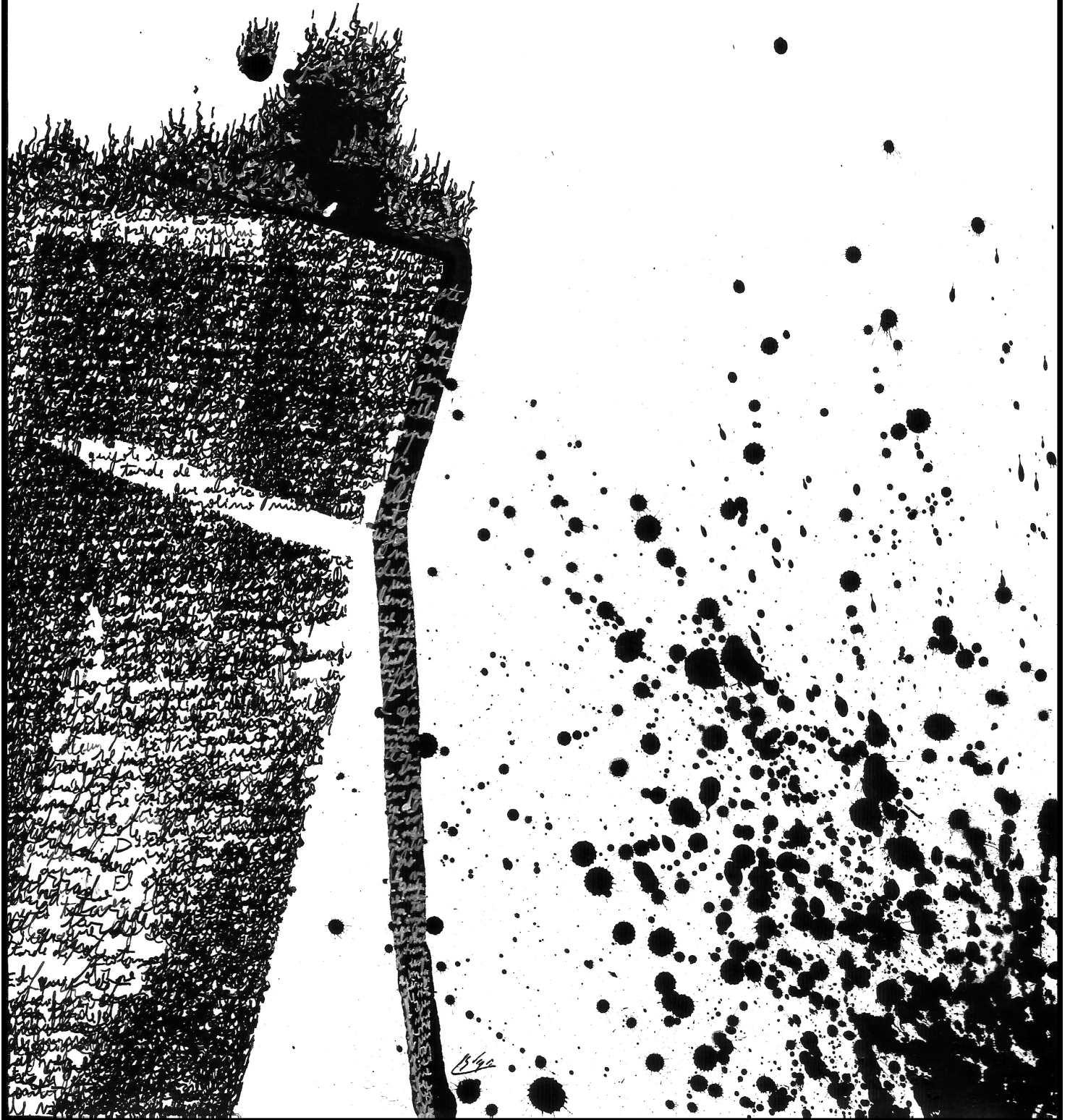


Rolando Raúl Aguiar

entre tintas

Dibujos: Pablo David Aguiar



ROLANDO RAUL AGUIAR

Rolando Raúl Aguiar, nació el 16 de diciembre de 1958, en la ciudad de San Lorenzo, Pcia de Santa Fe y transcurrió la mayor parte de su vida en la ciudad de Capitán Bermúdez, residiendo en la actualidad en la ciudad de Rosario. Es *"Doctor en Filosofía"* por la Universidad Católica de Santa Fe, sita en Santa Fe de la Vera Cruz, *"Licenciado en calidad de la gestión de la educación"* por la Universidad del Salvador de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y *"Profesor de Ciencias Sagradas y Filosofía"* por el Instituto Superior Particular N°28 "Cardenal Antonio Caggiano" de la ciudad de Rosario.

Desarrolla actividades docentes desde 1979 en forma ininterrumpida, actuando en todos los niveles educativos. Desde el año 1993 es docente en la Pontificia Universidad Católica argentina, en la Facultad de Ciencias Económicas del Rosario y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, ambas de la Sede Rosario, Pcia de Santa Fe. En las predichas es Profesor Titular de las cátedras de "Filosofía y Antropología Filosófica" y "Ética y sus fundamentos". Además, desde el año 2003 es Director del *Instituto de Filosofía y Teología "Juan Pablo II"* de la Facultad de Ciencias Económicas del Rosario e integra en la actualidad el *Consejo Directivo* de la misma Facultad, representando a los Profesores Titulares por elección de estos.

Entre sus libros publicados, merecen ser mencionados, *"Bosquejos de simple filosofía"* (1996), *"Despertando un ángel"* (2004), *"El símbolo en Paul Ricoeur"* (2004), *"Ortega y Gasset y la Filosofía Latinoamericana"* (2006) y *"De incendios y metáforas"* (2008).

PABLO DAVID AGUIAR

Pablo David Aguiar, nació el 26 de febrero de 1985, en la ciudad de Capitán Bermúdez, Pcia de Santa Fe, donde realizó sus estudios primarios y secundarios y reside actualmente. Cursó la *"Licenciatura en Artes Visuales"* en el Instituto Universitario Nacional de las Artes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y es *"Profesor de Artes Visuales"* por el Centro Cultural y Educativo Municipal "Brigadier E. López" de la ciudad de San Lorenzo, Pcia de Santa Fe. Actualmente cursa la *"Tecnatura Superior en Teatro con itinerario en Dirección"* en la Escuela Provincial de Teatro y Títeres N°5029 de la ciudad de Rosario, Pcia de Santa Fe.

Desarrolla actividades docentes en el Instituto Superior Particular Incorporado N° 9085 "Santa Rosa de Viterbo", Nivel Secundario, teniendo a su cargo las cátedras de "Artes Visuales", "Audiovisual" y "Teatro". En el mismo Instituto, a Nivel Superior Terciario, es responsable de las cátedras de "Cuerpo y movimiento I y II". Desde el año 2005 forma parte del Elenco Estable de Titiriteros del Centro Cultural de San Lorenzo, teniendo éste el fin de realizar Espectáculos Históricos-Regionales.

Fue *"Participante internacional con espectáculo de teatro de Títeres"* en el 1er Encuentro Internacional de Arte "Por la construcción de un mejor mañana", Lima, Perú, VI Encuentro Mundial de Teatro y Danza Infantil y Juvenil, Oruro, Bolivia, III Festival Internacional de Arte y Cultura Popular FIACPO, Chiclayo, Perú y estrenó su obra unipersonal de títeres "Un mundo, dos reinos" en la Fundación de Teatro Ditirambo, Bogotá, Colombia. Realiza constantemente presentaciones de espectáculos con el grupo de teatro de títeres "Alquimia" (fundador y director) en las escuelas primarias, jardines de infantes e instituciones públicas de las distintas ciudades de la provincia de Santa Fe.

A mis hijos

EMANUEL, PABLO Y ESTEBAN

Rolando

A mi abuela

ELENA

Pablo

© Copyright by
ROLANDO RAUL AGUIAR
Rosario- Pcia Santa Fe
tiempoutopia@yahoo.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Derechos reservados

I.S.B.N.: 978-987-29547-0-3

LIBRO EDITADO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

digitalizado en la ciudad de Rosario
provincia de Santa Fe, República Argentina
Agosto, 2013
1ª edición: 500 CD-ROM

Aguiar, Rolando Raúl
Entre tintas / Rolando Raúl Aguiar ; ilustrado por Pablo David Aguiar. - 1a ed. - Rosario :
Rolando Raúl Aguiar, 2013.
E-Book.

ISBN 978-987-29547-0-3

1. Filosofía. 2. Antropología. 3. Arte. I. Aguiar, Pablo David, illus. II. Título
CDD 190

Fecha de catalogación: 06/06/2013

INTRODUCCIÓN

Durante muchos años, mi producción literaria se limitó exclusivamente a la poesía. Me sentía cómodo recorriendo la vida entre los versos, jugando con la puntuación, bosquejando metáforas, *“Pequeños barquitos de papel”* (1984), *“Poemas en clave de amor”* (1985), *“Tiempos y bosquejos”* (1993), *“Bosquejos de simple filosofía”* (1996). Un día decidí incursionar en la prosa y en el año 2004 publicaba *“Despertando a un ángel”*, aquel fue mi primer libro de ensayos, lo que constituyó, obviamente, mi primer “ensayo” respecto a ese género literario.

A posteriori de este libro, publiqué mi tesis doctoral *“Ortega y Gasset y la filosofía latinoamericana”* (2006) y dos libros más *“El símbolo en Paul Ricoeur”* y la *“Historia en Paul Ricoeur”*, vinculados exclusivamente con mi actividad académica. Recién en el año 2008 volví con *“De incendios y metáforas”*, un libro que reunió prosa y poesía. En aquella oportunidad, le solicité a mi hijo Pablo, que ilustrara alguno de los trabajos, a lo que accedió no sin cierta resistencia. Los tiempos que urgían y mi ansiedad genética no eran un buen contexto para la realización de su trabajo. Tengo conciencia que me padeció, pero pudo más su afecto hacía mí y su probada capacidad artística.

La vida cambia los roles, y paradójicamente, hoy es Pablo el que me convoca (en un momento importante de su producción artística con proyección internacional) a emprender un proyecto conjunto. Volver sobre *“De incendios y metáforas”*, revisar y recrear sus textos e ilustraciones y a la vez sumar trabajos inéditos, configurando una nueva obra. Una obra que se transforme en “Palabras + imagen” o “Imagen + palabras” y que ambas se interrelacionen mutuamente en la presentación social. El desafío me sedujo y me puse en camino, mejor dicho, nos pusimos en camino. No resulta fácil trabajar con un hijo (por problemas generacionales) pero fue apasionante y me llenó de regocijo el resultado, más allá de las valoraciones. Nos encontramos y nos reencontramos en el mundo del espíritu, ese al que se accede entre otros caminos por los divagues de la filosofía o la bohemia del arte.

En aquél libro del año 2004 como en este, sentí y siento un cierto pudor, por no decir una cierta vergüenza, de corregir y seguir corrigiendo, pero tomé la decisión de retomar algunos de aquellos textos ya publicados y volver a redactarlos con espíritu de mayor precisión, o reinsertarlos textualmente en nuevos contextos que le permitan una mayor comprensión y profundidad.

En aquél libro del año 2004 como en este -para justificarme- quisiera recordar a Paul Valery , cuando decía que *“uno a los poemas no los termina, simplemente los abandona”*. Siento que con los diferentes géneros literarios ocurre exactamente lo mismo. Y con el pasar del tiempo, al releer alguna de nuestras obras, tal vez nos invada un cierto sentido de culpa por aquel abandono y surja la necesidad de desandar el camino y volver por ellas. Aproximarnos con prudencia para reconocerla y que nos reconozca e intentar volver a caminar juntos, en búsqueda de otras formas de decir, que nos haga sentir que el nuevo texto goza de mayor claridad.

Rolando Raúl Aguiar ¹

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad Católica de Santa Fe; Provincia de Santa Fe, Argentina.

METÁFORAS

Como en la crisis de nacimiento, como el comienzo alarmante y alarmado del terror metafísico de donde brota el manantial de mis primeros versos, como en un nuevo crepúsculo que mi propia creación ha provocado, entro en una agonía y en una segunda soledad. ¿Hacia dónde ir? ¿Hacia dónde regresar, conducir, callar o palpar? Miro hacia todos los puntos de la claridad y de la oscuridad y no encuentro sino el propio vacío que mis manos elaboraron con cuidado fatal.

Del libro
Confieso que he vivido
PABLO NERUDA

1.-LAS NOCHES DE INSOMNIO Y LAS PREGUNTAS

No las buscamos ni las deseamos, simplemente están. Allí, al acecho, esperándonos. Gozan de una paciencia desmesurada y de pronto imponen su presencia y no cabe la posibilidad de resistir. Son las noches de insomnio, esas en que la oscuridad invade la habitación y nos secuestra la totalidad de los objetos, aquellos que nos brindaban cotidiana seguridad y de pronto ya no están, desaparecieron de nuestra mirada y también, por miedos emergentes, son substraídos del alcance de nuestras temerosas y vacilantes manos. Esas noches no se conforman y en su voracidad, al avanzar la madrugada, van por más, y ex profeso acallan los ruidos que provenían de la calle y nos condenan al silencio, aquel que no buscábamos, dado que sabemos que lastima y no precisamente la piel. De pronto nos descubrimos en la absoluta desnudez espiritual y nos duele la existencia. Durante el día maquillamos el rostro para cubrir viejas cicatrices o nuevas heridas y poder vender imágenes de éxito. En estas interminables noches es imposible maquillar el alma, ella es espejo de sí misma y se transparenta. Y aquel dolor oculto se manifiesta trágicamente a nuestro espíritu en las preguntas que quedan sin respuestas, o en las respuestas que no responden a ninguna pregunta previamente formulada.

Angustias recurrentes toman por asalto nuestro espíritu. Ese miedo, siempre presente, a la muerte de las personas amadas, miedo que guarda una relación directamente proporcional al amor profesado. Emergen las culpas que nos persiguen silenciosamente desde hace tiempo, porque no nos hicimos responsable de aquella decisión y su resultado, o nos faltó la sublime humildad de pedir perdón, oportunamente, ante ella. O aquellas otras culpas que también reaparecen, con su rostro anónimo, dado que tienen por causa la omisión.

Se agudiza esa particular emoción que producen las pérdidas, y nos hurga una confesable melancolía por situaciones y personas, por aquellas que ya fueron y por éstas que no están. Una hojarasca de sensaciones se arremolina configurando una extraña marioneta que nos contempla con la mirada pérdida en un horizonte de subterráneas nostalgias.

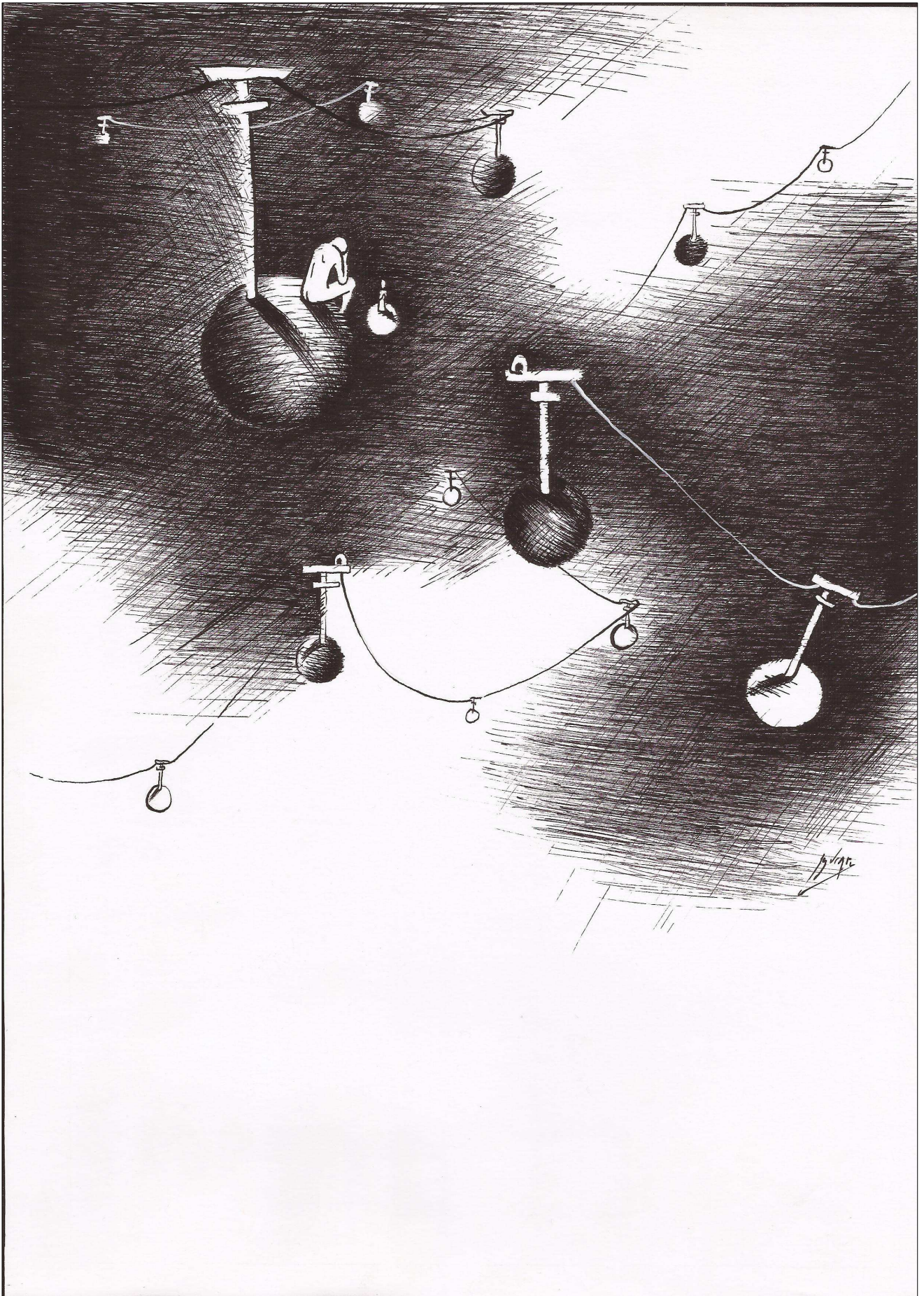
De pronto, lógica e inevitablemente, en un prosenio sin bambalinas ni candilejas entra en escena la soledad, esa soledad que no es coyuntural, ni tampoco resultado de esa noche llena de abandonos, sino esa otra soledad, la de presencia cotidiana, que nos acompaña con fidelidad reverencial y silencio cómplice en nuestros actos, y se estremece al unísono con la geometría desolada de todos los molinos de viento que forjamos y se desvanecen en

lugares secretos del corazón. Aquella soledad que no se puede subastar, es difícil que se dispute u ofrezca por ella, menos intentar su venta directa, nadie pagaría un centavo para adquirirla. Tampoco prestarla, el que la tomara la devolvería al instante, y ni pensar en transformarla en un regalo, no se aceptan ese tipo de obsequios. ¿Y quien estaría dispuesto a compartirla con nosotros cuando la propia es conocida y la otra un misterio?.

Pensamos que nunca más va a amanecer, prejuzgamos que el dolor se instaló en nuestra existencia para siempre, que la noche caprichosamente se eternizó y por ende el tiempo ya no transcurre, ni podemos, aún rebelándonos desde lo más recóndito de nuestro ser, transcurrirlo vehementemente para recuperar su latir. Saberlo a salvo y que nos salve del naufragio. Sentimos el abandono, una agonía indescriptible, no se vislumbran los faros de ninguna lejana playa, ni las luces de los muelles de alguna ciudad portuaria y hasta parece que de pronto nos hubieran arrebatado, con sigilo clandestino, todas las estrellas, sin dejarnos siquiera una para no desesperar.

La vida no se detiene, las noches de insomnio están condenadas por el tiempo que, en defensa nuestra, no se somete a ellas. Sin esperarlo por las hendijas de la ventana comienza a filtrarse la claridad como preanuncio de un nuevo día y desde la calle los sonidos abren grietas en el silencio, para que por ellas ingrese otra vez la vida con promesas de esperanza.

La noche se aleja silenciosamente, con ese mismo silencio que ella impuso sin consulta, resignada a una soledad que supo comprender y compartir. Sin tristezas, sabía a conciencia de su misión profética, difícil e ingrata, el tener que poner en evidencia los contrastes, los claroscuros, las contradicciones, las miserias y la fragilidad que nadie quiere asumir. No era otra su intención que llevarnos al abismo de una sola noche, para que realicemos la exégesis existencial que nos permita recuperar la claridad de todos los días. Y en la epifanía de ese significado último, poder redimirnos como hombres sedientos de sentido y ávidos de realización.



No digas que es una mañana más,
dándole un nombre válido para todos los días.
Mírala por primera vez,
como se mira a un recién nacido sin nombre.

Del libro

Los pájaros perdidos

RABINDRANATH TAGORE

2.- LA ESTACIÓN DE TRENES Y LA LIBERTAD

Existen paisajes, lugares mágicos que constantemente despiertan el asombro y uno de ellos son las viejas estaciones de trenes. Más allá de ser la estación de una gran urbe o de un pequeño pueblo, esos en donde el tren es símbolo de espera, posibilidad de partida y por ende triunfo ante el olvido. Ellas atesoran una inexplicable seducción; especialmente en aquellos atardeceres cuando los últimos rayos del sol se arrebuja con frío en los viejos bancos del andén, refugiándose en ellos por huir de insistentes nostalgias, que a veces como los trenes regresan.

En el andén, la muchedumbre se confunde caprichosamente sin diferenciarse. El equipaje en el piso no indica quién se va y quién se queda, quién busca nuevos horizontes y quién sufrirá la ausencia. En ese aparente y transitorio abandono se disimula la circunstancia que nadie quiere adelantar. Las maletas por su opacidad no permiten vislumbrar en el interior de las mismas y confirmar su pertenencia a un pasajero, que atesoró un ropaje de sueños pensando en su nuevo lugar de destino, o al otro que sólo cargó para el viaje la desnudez del último fracaso, ya sin rostro y sin tacto. Tampoco en la mirada puede diferenciarse quién al partir se alejará con la promesa en los labios de un “regreso”, quién se quedará con la tensión de la “espera” o la presunta angustia del “adiós”, que nunca querrá constatar.

De pronto se estremece el aire con el sonido inconfundible del tren que se aproxima a la estación, sonido que a la vez acelera, con desmesurada ansiedad o resignación disfrazada de estoicismo, el latido de los corazones. Surgen los abrazos interminables queriendo fundir en un instante la vida y poder derrotar la distancia, que siempre es sinónimo de ausencia.

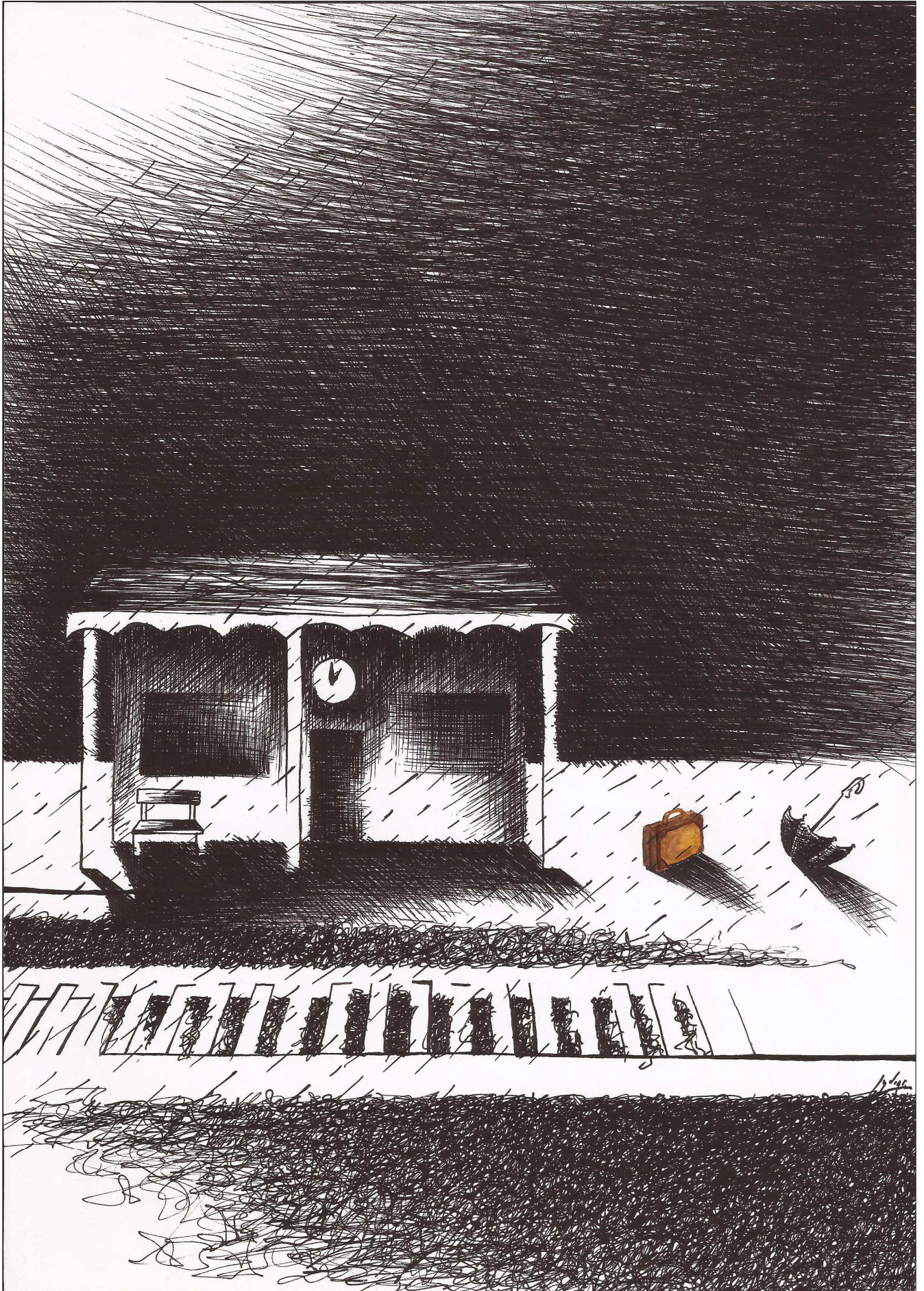
Inesperadamente estalla el otro sonido lacerante, la campana que comienza a discriminar quién se va y quién se queda, quién carga las maletas para abordar el tren y partir, y quién se queda en el andén para regresar al lugar de partida. Y desde las ventanillas de los trenes, cuando éste se pone en movimiento, lentamente se estiran las lágrimas como último intento de vencer con la emoción las asimétricas distancias del espacio. Los trenes parten y las distancias se consuman en su porfía sempiterna.

En un instante, de nuevo todo es soledad, todos se fueron, todos regresaron, sólo se quedó el andén acompañando a nadie y a un pasajero que no llegó a ser pasajero.

Es que los trenes como la vida llegan y parten. Nos subimos a ellos soñando con otra estación o nos quedamos viéndolos partir, sintiendo el dolor por quien se aleja. La pregunta clave es: ¿Aquel día en que éramos nosotros quienes debíamos abordarlo, en la convicción de que al final del camino nos aguardaba una estación llamada “felicidad”, fuimos capaces de hacerlo o nos quedamos con el boleto recién comprado apretujado fuertemente entre las manos, ya inútil porque la fecha hacía un instante se acababa de vencer?. De pronto tuvimos que asumir que sólo nos quedó observar al último vagón vacío, que se alejaba con sus luces encendidas, dejando en el andén la silueta inconfundible de un trágico fantasma.

Elegir siempre es un problema, ya que es valorar diferentes alternativas y definirse esencialmente en un juicio de valor por una de ellas, que nos representa y nos compromete como persona. Más allá de nuestras convicciones axiológicas, psicológicamente elegir nunca es un acto gratuito, dado que se gana por lo elegido pero también se pierde por lo no elegido. Esta última opción puede gozar de una valoración (dentro de nuestra escala jerárquica) muy próxima a la elegida y nos pone en crisis de crecimiento. Más aún, puede ocurrir que a pesar de la diferente densidad valorativa de las alternativas –lo que nos eximiría de dudas a la hora de la decisión–, la intensidad atractiva que posee la opción a desechar puede ser tan fuerte que nos lleve a preguntarnos si estamos dispuestos al sacrificio de dejarla en el camino.

Además, otro problema es consumir lo elegido, dado que esta instancia puede transformarse en crucial si nos invaden el miedo, la inseguridad, los complejos o los traumas. Cuántas veces, a partir de estas realidades enunciadas, hemos demorado decisiones de las que estábamos profundamente convencidos no sólo de su validez y necesidad. El “ahora” era su tiempo y las hemos ejecutado en otro tiempo. O más grave aún: no las hemos ejecutado nunca. Y surge la pregunta: como hubiera sido nuestra historia de haberlas ejecutado. La pregunta quedará para siempre sin respuesta: cualquiera que imaginemos es sólo ficción.



*Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.*
En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir, ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muero.

Del poema

“Coplas al alma que pena por ver a Dios”

SAN JUAN DE LA CRUZ

3.- LOS LEÑOS ENCENDIDOS Y LA ENTREGA

Al llegar a nuestra casa en esas frías noches de invierno, al filo del horario que separa la noche agonizante del nuevo día, y encontrar el espacio invadido por el silencio y la oscuridad, buscamos un rincón donde pernoctar nuestro cansancio para reflexionar nuestro día transcurrido. Suele ocurrir que no sólo tiembla el cuerpo por el frío que trajimos de la calle, y que se adentró con nosotros, sino que también a veces tiembla el alma por algún dolor bohemio y trasnochado que se resiste a dejarnos.

Allí está el hogar, esperándonos, con los leños encendidos para darnos refugio y prodigarnos con sublime humildad su calor y su luz, dispuesto a compartir nuestro tiempo, sin pedirnos nada, sólo en actitud de entrega amorosa. Al contemplarlo en la intimidad del silencio (no sólo por la ausencia de palabras proferidas, sino porque el alma también se acalla para escucharse) nos apropia su insondable misterio que envuelve y devora, como el fuego a los leños.

Ese fuego que nos llena los ojos de imágenes disímiles y difusas, que juega con nuestra imaginación constantemente, cuando creemos que lo atrapamos se burla de nosotros y cambia, siempre cambia en un movimiento que obliga a seguirlo en sus contornos ilimitados por el color. Nos transporta a amaneceres de plenitud u ocasos de profunda melancolía con dejos de nostalgia por aquello que no pudo ser. También nos entibia el cuerpo y lentamente el alma, porque nos acompaña en nuestra soledad, en esa particular hora que nos despojamos de toda soberbia.

Luego, liberados de ese juego, nos asombra constatar, nos duele saber que los leños que le dieron vida a ese fuego se van consumiendo a sí mismos para sostenerlo hasta el final, hasta el último rescoldo, ese que mañana descubriremos oculto entre las generosas cenizas que en un esfuerzo supremo intentan protegerlo de su ineludible destino. El leño no se niega a él, en la profunda convicción que el consumirse no es en vano, es la consumación de la entrega total que le otorgará su sentido último: transformar la verde savia del árbol en calor y luz. Podría haber sido mesa sobre la que se comparte el pan y el vino, pero aceptó simplemente ser leño para ser abrazado por el fuego, como alguna vez aceptó ser cruz, para ser consumado por el Amor.

Extraviados en ese divague, por un instante el alma se dilata con gravidez mística y desde esa gestación se nos presenta el recuerdo de un rostro, el de un hombre. De ese hombre que al borde del camino de la vida, su vida que también era la nuestra, aguardaba que alguien pasara por allí y observando su abandono

detuviera el paso. Inmóvil, frente a nosotros, con una soledad doliente que le sitiaba con violencia la mirada y lo obligaba, como el viento hace con los desprevenidos ventanales, a abrir de par en par el pecho dejando su corazón expuesto a plena luz del día. Pudimos contemplar su hambre y sed de ser prójimo ante nuestra proximidad, pero en silencio nos alejamos urgidos por quien sabe que inexplicable urgencia. No nos detuvimos, no quisimos ser leño que prodigara un poco de luz y calor, solamente eso se esperaba que donáramos.

En aquella oportunidad fuimos peregrinos sin brújula y perdimos la epifanía de la plegaria primigenia y el *Padre* no fue *nuestro*. Seguimos caminando, absortos en nosotros mismos, sin percibir que por nuestra indiferencia, la bienaventuranza quedó atrás, en el camino, hecha realidad en el rostro de un hombre, del que nunca ya sabremos su nombre. Era una celebración a la vida y a ella no asistimos.

Existen algunos hombres, también nosotros podemos serlo, que eligen o aceptan ser leños encendidos en medio del frío y la oscuridad de los caminos. Eligen o aceptan ese compromiso, sabiendo que asumen el más pleno acto de libertad, la forma de entrega más absoluta que el hombre puede ejercer: dar-se como decía Teresa de Calcuta, hasta que duela si es necesario. Y no fue simplemente una frase, ella la hizo testimonio.

No son héroes porque no anhelan serlo, ni tampoco mártires porque no lo buscan. No son enajenados, saben que hacen y porque lo hacen, ni tampoco quijotes detrás de una ficción, reconocen que los molinos de viento son molinos de viento. Son simplemente hombres que saben, como dijo San Juan de la Cruz, que “a la tarde te examinarán en el amor”.

Al final, en el crepúsculo de nuestra vida, cuando ya no exista la posibilidad de otro amanecer y sea tiempo del último viaje, no nos preguntarán cuánto tenemos, sino cuánto fuimos capaces de dar.



Vuestra alegría es vuestro dolor sin máscara.
Y la misma fuente de donde brota vuestra risa
fue muchas veces llenada con vuestras lágrimas.
Y ¿cómo puede ser de otro modo?
Mientras más profundo cave el dolor vuestro corazón,
más alegría podréis contener.

Del libro
El profeta
KHALIL GIBRAN

4.- LOS ÁRBOLES, LA TORMENTA Y EL DOLOR

De pronto el cielo, sin mediar explicaciones, se oscurece en su totalidad, presentando un paisaje monótono que sólo es transgredido por las grietas de densos nubarrones, provocando éstos un contraste de grises que destruyen la uniformidad del fondo. Algunos pájaros huyen en un vuelo desesperante y apresurado ante lo inevitable, y el viento lentamente se va deteniendo, hasta lograr una quietud que es acompañada de un misterioso silencio que preanuncia lo inminente. Invade al ambiente la angustiosa sensación de que en ese preciso instante se acaba de detener el tiempo, temeroso por la magnitud de una tragedia que puede acontecer.

El fulgor de un rayo hiere de muerte al lienzo cuidadosamente pintado por las manos temblorosas de un anónimo artista, obsesivo éste por encontrar en la gama de los grises una representación de su gris soledad y el sonido estremecedor de un trueno, grito airado del dios de alguna olvidada mitología, hace estallar en mil pedazos al silencio.

Reaparece en escena el viento con desmesurada furia, apropiándose de aquellas hojas que el otoño pacientemente tiñó de ocre, luego olvidadas por su inmovilidad en viejas plazas y en los empedrados de las calles, y que ahora éste las obliga a danzar con la magia circular de los remolinos, haciéndoles recobrar el perdido protagonismo. Se elevan con la ilusión de suavizar con una pincelada de su otoñal ocre el gris de la apesadumbrada tarde, pero las primeras gotas de lluvia le hacen asumir la realidad y en la decepción por el último intento que no pudo ser, asumen su agonía en la esperanza que los árboles resistirán de pie a la tormenta desatada.

No conforme con la misión que la lluvia tiene, vocación de bendecir la tierra y con ella al hombre, el viento se resiste a dejar la escena y obnubilado por rencores de vieja data, se propone destruir lo que encuentre a su paso y allí están los árboles, de pie, dispuestos a dar batalla. Estos tienen de referencia aquel quijote profundamente convencido que los molinos de viento no podrían con él, convicción que se fundamenta en los espíritus que tienen como impronta la esencia de la utopía.

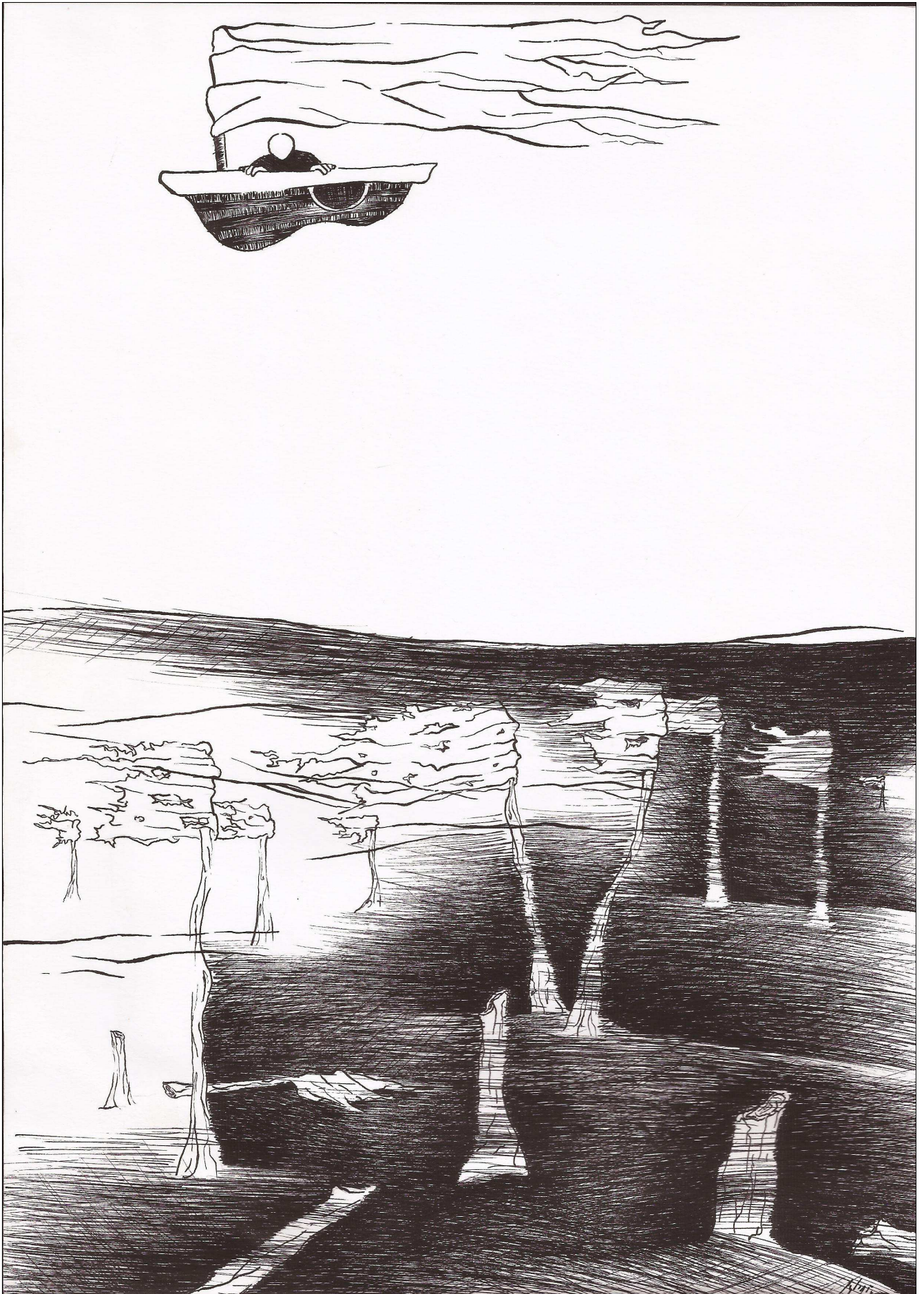
Todas las batallas en algún momento comienzan. El viento goza de ventajas, puede recorrer todo el espacio, no tiene límites su accionar. Los árboles saben que deben enfrentar circunstancias que ellos no eligen ni pueden evitar, que sólo dependen de sí mismos y de la actitud con que enfrenten dichas circunstancias.

El viento trata de imponer su fuerza, intenta doblegar la resistencia de los árboles, comienza por sacudir las ramas más débiles y no conforme con ello cuando arranca algunas de ellas, avanza sobre las supuestas fortalezas de su adversario y apuesta a la victoria intentando derribarlo.

Todas las batallas en algún momento terminan y las batallas dejan muertos, también, a pesar de las heridas, airosos sobrevivientes.

En las situaciones límite, esas que enfrentan al hombre con su fragilidad, el hombre se nos presenta al igual que los árboles después de la tormenta: algunos quedan de pie desgajados en sus ramas, pero firmes en sus raíces y con la absoluta esperanza de reverdecer en la próxima primavera. Ellos saben que las heridas cicatrizan y con el tiempo éstas se irán borrando en búsqueda de olvido, aunque no desaparezcan definitivamente, pedagogía axiológica de la vida, para valorar en presencia y no por ausencia o pérdida. Otros árboles quedan derribados con sus pobres raíces expuestas, dramático símbolo de la última derrota, aquella que anula todas las posibilidades.

¿Qué diferencia a un hombre de otro? Existen algunos árboles que solamente desarrollan su copa y de manera desmesurada, como existen algunos hombres que solamente se preocupan por las cosas superficiales, por la imagen, por el éxito, por el “qué dirán”. Viven la inmediatez del instante, no el instante pleno de sentido sino aquel vacío, impregnado de nihilismo que los lleva a desarrollar y potenciar constantemente conductas narcisistas, única posibilidad de encontrar un sentido en el sinsentido de su existencia. También existen otros árboles que echan raíces profundas que horadan la tierra, raíces que nadie visualiza, que todos ignoran, pero que están allí, firmes. Así también como existen algunos hombres, no muchos, que cultivan silenciosamente la vida espiritual en búsqueda de la tan ansiada *paz interior*, esa que permite sobrellevar las circunstancias más adversas. Aquellas que duelen, pero que no permitimos que nos destruyan, las que rebelan, pero no nos llevan a la decisión de arrear banderas ni ofrecer rendiciones incondicionales. Esos hombres están llamados a ser sobrevivientes de todos los naufragios, porque a pesar de las fuertes tormentas, los faros de su playa interior siempre están encendidos.



He cometido el peor de los pecados
que un hombre puede cometer. No he sido
feliz. Que los glaciares del olvido
me arrastren y me pierdan, despiadados.

Del poema
"El remordimiento"
JORGE LUIS BORGES

5.- LA FELICIDAD Y LA PAZ INTERIOR, UNA BÚSQUEDA

San Agustín, en su libro *Confesiones*, refiriéndose particularmente al tema del tiempo, pero haciéndolo extensivo a otros términos, dice que los conceptos más simples y de presencia cotidiana, aquellos cuya imagen mental captamos fácilmente, son los que mayor dificultad presentan a la hora de tener que dar su definición, especialmente porque representan la existencia en sus diversas expresiones. Podríamos hacer un listado cuantioso de los predichos, comenzando por el de *Ser*, para algunos, erróneamente, concepto de máxima extensión y de mínima comprensión. Noción universal y analógica, que se predica y se aplica a todos y cada uno de los seres, incluso a Dios. El concepto de *Ser* es un concepto elaborado por la actividad intelectual siendo el resultado de la abstracción en su máximo grado, no siendo, quizás por su magnitud y complejidad, el ejemplo más adecuado.

Existen otros como el de *amor, fe, esperanza, tiempo*, que sin llegar a tener la dimensión lógica y metafísica del concepto de *ser*, no por ello resulta menos dificultosa su definición. Dejé sin mencionar, ex profeso, un concepto que excede el mundo de la palabra, no porque pueda existir sin ella lo que sería un absurdo, sino porque el hombre sin pronunciarlo a viva voz, lo busca constantemente fuera y dentro de sí. Necesita ser estremecido por él, hacerlo piel en la presencia y desvelar los caminos de su ausencia. Ese concepto se representa a veces con otras expresiones, pero sin lugar a dudas una de ellas nos conmueve profundamente, haciéndonos temblar el alma de emoción: *felicidad*. Seguramente los primeros hombres que existieron sobre la faz de la tierra, primero sintieron y luego intentaron balbucear una palabra que representara lo sentido.

No existe un solo hombre, ni uno solo, (aún el masoquista es feliz con el dolor), que no busque denodadamente eso que llamamos *felicidad*. El problema se agudiza cuando interrogamos a cada hombre sobre aquello que lo hace feliz y las respuestas son tan dispares. Además en la actualidad se confunde con gran facilidad “éxito” con “felicidad” o “realización personal”, confusión que nace de la despersonalización a la que nos llevan, entre otras causas, los medios de comunicación. . El primero, generalmente, se refiere al ámbito profesional, laboral y económico, y estos no son en absoluto garantía de felicidad, inclusive en muchos casos son obstáculos a ésta o sucedáneos de la misma.

También es una ilusión ingenua pensar que la felicidad es un estado constante, así como lo es pensar que el sufrimiento se prolongará

indefinidamente. En esta temática, los conceptos de “*siempre*” y “*nunca*” son engañosos, no por mala intención, simplemente por ingenuidad congénita. Esta afirmación no debe llevarnos a descreer de estas palabras, en otro contexto las mismas adquirirán su sentido último y pleno.

La felicidad son sólo “instantes en los que se toca el cielo con las manos” y necesitamos, paradójicamente, una expresión metafórica para representar tal vivencia, y a éstas apela el hombre cuando la definición lógica se resiste y es necesaria la significación.

En ese instante se alcanza una insospechada plenitud, se descubre un sentido místico de la existencia. Y cuando se toca el cielo con las manos, se alcanza lo infinito y por ende se roza con la punta de los dedos, desde la inmaterialidad del alma, los abismos sublimes del misterio.

No son estados permanentes, su duración es ínfima, exigua, porque son sólo eso, instantes. El instante puede durar un segundo, una hora, un día o un otoño, pero nunca deja de ser un instante por la fugacidad que el tiempo le impone inexorablemente a cada uno de ellos. En el instante de felicidad, ese con mayúsculas, donde se pierde la noción de tiempo y el espacio no limita, logra el hombre intuir al tiempo en su desmesura llamada *eternidad*. Y lo siente un *milagro*, y eso es la felicidad, el milagro de vivenciar la eternidad aunque sólo sea por un instante.

La presencia de esos instantes presupone en el hombre un estado previo que debiera ser natural y que lamentablemente por su inclinación a dejarse seducir sólo por lo exterior no logra vivenciarlo con frecuencia. Ese estadio es la *paz interior*, que significa, ni más ni menos, estar en paz con los otros, con el universo, con Dios y por ende consigo mismo. Esa paz que deviene en serenidad de espíritu para aceptar, para asumir, para comprender, para perdonar y así poder transformar cada circunstancia en posibilidad de felicidad. Decir que lograrlo es difícil suena a obviedad, ocurre que vivir es una tarea compleja, un constante y renovado desafío: es la búsqueda de sentido a nuestra existencia, del sentido último que justifique nuestro *ser uno mismo*.



Hay muchos individuos que se sienten conscientemente llenos de esperanza y que inconscientemente les falta, y hay unos pocos para quienes esto es al revés.

Lo que importa en la indagación sobre la esperanza y la desesperanza no es primordialmente lo que los individuos *piensan* acerca de sus sentimientos, sino lo que verdaderamente sienten.

Del libro

La revolución de la esperanza

ERICH FROMM

6.- LO DIFÍCIL Y LO IMPOSIBLE, UNA DIFERENCIA

Las palabras son hermosas, complejas y a la vez comprometedoras. Hay palabras que nos atraen por su sonido, simplemente por eso, otras que atrapan por su calidez afectiva (amor, gracias) o su profundidad espiritual (alma, perdón). Algunas nos seducen por su implícito misticismo (milagro, misterio) o su manifiesta imposibilidad de comprenderlas racionalmente (Dios, eternidad). También duelen aquellas encadenadas a recuerdos que queremos liberar y no podemos (soledad, melancolía, tristeza, fracaso) o cuyo significado nos es incierto (muerte, más allá, después).

Existen, esencialmente, dos palabras que nos comprometen existencialmente en lo más cotidiano: *difícil* e *imposible*. Se hace necesario antes de abordarlas en particular, bosquejar un razonamiento básico en lo psicológico que nos permitirá contextualizarlas de forma más adecuada.

Ante los problemas que nos afectan y nos hacen padecer, resulta imprescindible realizar una primera diferenciación clave: si el problema en cuestión tiene solución o no, y en caso de tenerla si la misma depende de mí, del otro o de los otros o simplemente del tiempo. Esta disquisición no es banal, yo diría que casi es dramática si equivocamos el análisis, como veremos posteriormente.

Si el problema no tiene solución y yo insisto en encontrárselo, mi frustración primigenia va a devenir en un fracaso lacerante que tendrá como horizonte último la sensación nihilista de la angustia que desembocará naturalmente en los mares inexplicables y confusos de la depresión. También es un inconveniente, no menos importante que el anterior, calificar como *imposible* la solución de un problema cuando esta solución existe y no la queremos enfrentar. Refrendamos su imposibilidad por el miedo de asumir la calidad de *difícil* que prejuzgamos conlleva en sí misma e invoca, convoca e impone a nuestra voluntad que no está dispuesta y nos lleva a refugiarnos en la mediocridad de la auto justificación, negándonos la posibilidad del desafío.

En caso de que logremos superar esa limitación y asumamos el desafío de enfrentar lo *difícil*, se nos presenta una nueva cuestión que tangencialmente mencionamos con anterioridad, y la misma es poder distinguir prudentemente si la solución me tiene como protagonista directo, si ella depende de la voluntad del otro o de otros, o si está sometida al paso del tiempo.

Si evalúo que depende de mí la solución y dependía de los otros, es muy posible que tome decisiones que van a modificar el accionar de aquellos en

detrimento mío. Si creo que depende de ellos cuando el responsable era yo y asumo una actitud pasiva quedando al aguardo de sus respuestas, es factible que no pueda comprender o no logre aceptar sus decisiones, la solución no estará presente en la realidad y no por responsabilidad de ellos, sino por negligencia mía. Si estimo que la solución no depende de mí, ni de los otros y mi convicción es que depende del tiempo y éste no es el verdadero responsable, me lo hará saber con una actitud de total indiferencia. A la vez, si era éste el protagonista de la solución y yo lo ignoré, me hará sentir el precio de su venganza, decidiendo sin consultarme.

Más allá de todas estas disquisiciones, se hace necesario volver a las dos palabras fundamentales que dan origen a estos divagues: *difícil* e *imposible*. La diferencia es mucho más que una extravagancia filosófica, dado que la distinción implica dos estados de ánimo diferentes, dos estilos de vida distintos, dos formas opuestas de abordar la existencia. Esta diferencia no es coyuntural, sino esencialmente estructural, porque de su correcto análisis y aplicación dependerán nuestras posibilidades de ser feliz y esta expresión dista de ser una parodia o un eufemismo.

Si al examinar una problemática y la realidad se impone con indubitable certeza y debemos afirmar que la solución es *imposible*, asumamos esa realidad, con todo lo que implique de pérdida y dolor, sin embargo nunca confundamos certeza con presunción. Muchas veces esta confusión es una actitud cómoda para auto justificar nuestra falta de voluntad. En este tipo de problemáticas antropológicas debemos, prudentemente, siempre asumir una sana duda y extremar al máximo la pregunta. Es más, es preferible creer ingenuamente que la solución es *difícil* hasta que la realidad se me imponga de manera incontestable, porque siempre va a doler menos una verdad confirmada que una verdad que nunca hemos terminado de develar y quedará en el tiempo, para siempre, entre signos de pregunta.

Imposible nos inmoviliza, *difícil* nos pone en camino, con todo lo que implica de esfuerzo, dedicación y perseverancia, y es saludable no llegar por habernos quedado en medio del camino que por nunca haberlo iniciado.



En realidad también el amor intuye; también él percibe un ser que todavía no es, pero no, como la conciencia, “un ser que debe ser”, sino que ese ser que todavía no es que descubre el amor es solamente un “ser que puede ser”. Es decir que el amor contempla y descubre posibles valores en el tú amado. También él, por consiguiente, anticipa algo en su visión espiritual, a saber, lo que un hombre concreto (la persona amada) puede encerrar en sí mismo en cuanto a posibilidades personales aún no realizadas.

Del libro
La presencia ignorada de Dios
VIKTOR FRANKL

7.- EL AMOR Y EL TEMOR A LA MUERTE, UNA CONVIVENCIA

Al definir en Antropología Filosófica el concepto de persona, decimos que un rasgo definitorio es la *unicidad*, ese carácter que hace que cada hombre realice la humanidad de un modo irrepetible, no pudiendo ser confundido con otro, mucho menos sustituido y que nos lleva a afirmar de manera categórica “soy el único en ser yo”.

Cuando buscamos el origen etimológico de la palabra *amor* nos asombra (y a la vez etimológicamente asombro es *sin sombras* o sea luz que ilumina) encontrarnos que este concepto proviene de *sin muerte*, por consiguiente aquello que no está alcanzado por la muerte adquiere el carácter de inmortal. En este contexto y sólo en éste, podemos aseverar que dos palabras extremas y seductoras asumen pleno sentido: *nunca y siempre*. Nunca el amor dejará de ser y por ende será para siempre. Sin lugar a dudas, dicho de esta manera tan categórica, suena a utopía de bohemia trasnochada, pero como decía Joan Manuel Serrat: “*sin utopías la vida sería un ensayo para la muerte*”.

También sabemos que otro rasgo del ser persona es la *historicidad*, el desarrollar su existencia en dos coordenadas imposibles de obviar: espacio y tiempo, ese espacio y ese tiempo en que el hombre ejerce su mayor privilegio y a la vez su mayor responsabilidad, aquello que lo diferencia de todos los otros seres de la naturaleza y lo aproxima a su creador: *la libertad*. Esa libertad que nunca puede dejar de ejercer, aún eligiendo no elegir, lo está haciendo. El espacio siempre es un “*aquí*” y el tiempo un “*ahora*”. Y entre el *aquí* y el *ahora*, el hombre es tomado por asalto, como la piratería lo hacía con los barcos en alta mar, con la inevitable pregunta sobre la *muerte*. Y ningún hombre puede eludir su angustia lacerante, prueba de ello tuvo por testigo silencioso al Huerto de Getsemaní y por protagonista al Jesús de la historia, que a pesar de su confianza sin límites, testimonió esa angustia con un sudor de sangre que estremeció al suelo que pisaban sus pies.

El hombre sediento de vida se enfrenta a la idea de la muerte, incertidumbre de la única certidumbre que convive con aquella otra del “*aquí*” y del “*ahora*” que es sinónimo del *instante*, el que constantemente deja de ser. Sólo dos certezas tienen presencia concreta ante el hombre: el instante y la muerte. Todas las otras búsquedas son simplemente *posibilidades*, sólo eso y el hombre lo sabe a pesar del deseo de reprimirlo psicológicamente.

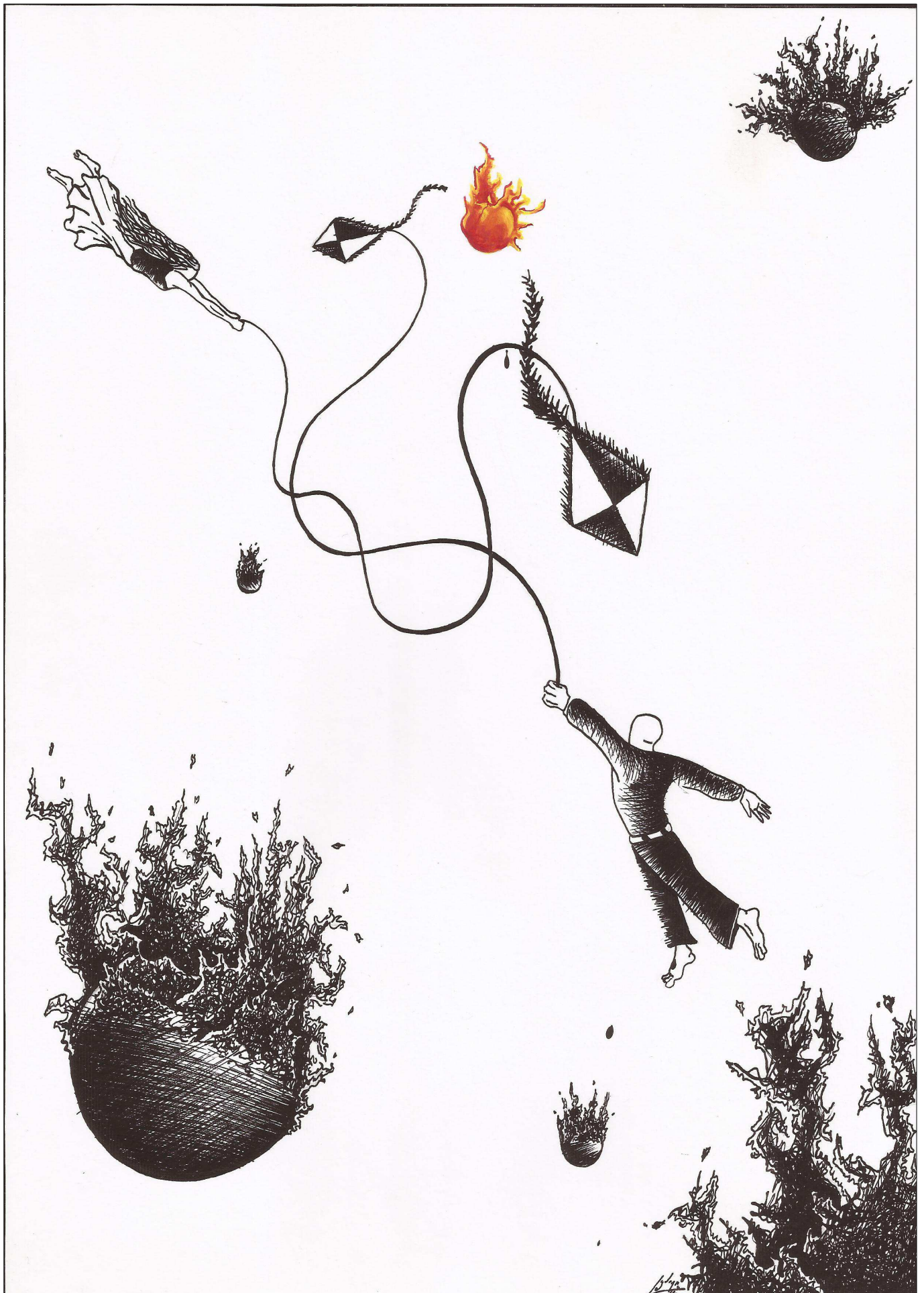
Se pregunta por un “más allá” y esa expresión implica la categoría de espacio porque interiormente se resiste a dejar el “aquí” y se pregunta por un “después” y ésta expresión se referencia a la categoría de tiempo en su intento por retener el “ahora”. Se aferra con la desesperación de saberse un futuro naufrago a lo único que tiene, esas dos coordenadas que un día perderán su sentido en relación a él. Desde el fondo de esa angustia, se resiste y potencia la esperanza que generan los naufragios, la presunción del rescate, no sabe cuándo, ni cómo, ni dónde, pero se anima a desafiar el fantasma de la nada.

No sólo le preocupa su muerte que intenta presentir con lejanía temporal, le angustia más, le desvela, estremece su piel, conmueve su intelecto y le hace temblar el alma, pensar la muerte de las personas amadas, ésas que nos son *únicas e irrepetibles*, no sólo por la alteridad que deviene de su origen creado, sino porque desde nuestra libertad las amamos entregándonos. Imaginamos que sin ellas, en la pérdida, instancia suprema de dolor, esa entrega carecerá de sentido y nos abismará en soledades absolutas.

Resulta paradójal, dolorosamente paradójal, que la revelación del *ser único e irrepetible del otro* se vivencie en dos instantes tan distintos y tan iguales: la muerte y el amor.

Pensar la *muerte* de las personas que amamos nos hace descubrir que la *ausencia* es a la vez, y a pesar nuestro, constante *presencia* ya que *nadie* – absolutamente *nadie*– podrá reemplazar al que hicimos irremplazable y ese nadie se nos impone como una *nada de alguien*. No desconocíamos, cuando asumimos o elegimos la persona, su natural *contingencia*, sin embargo esa *necesidad* de compartir su existencia que se impone en el acto de nuestra *elección* es la que conlleva en sí misma la angustia.

El *amor* en el acto de *amar*, ve emerger desde el trasfondo de su plenitud al *miedo* que estalla en un grito dolorosamente silencioso que nadie escucha salvo nuestro corazón y que se expresa ahora en esa *necesidad* íntima de que al ser amado no lo alcance la muerte. Sin embargo, la *muerte* está allí a pesar de nuestro *amor*, sin contemplaciones y con su propio miedo: *morir sin que el amor la salve*.



...cuando hemos llegado hasta los barrios bajos del pesimismo y no hallamos nada en el universo que nos parezca una afirmación capaz de salvarnos, se vuelven los ojos hacia las menudas cosas del vivir cotidiano –como los moribundos recuerdan al punto de la muerte toda suerte de nimiedades que les acaecieron–. Vemos, entonces, que no son las *grandes cosas*, los grandes placeres, ni las grandes ambiciones, quienes nos retienen sobre el haz de la vida, sino este minuto de bienestar junto a un hogar en invierno...

Del libro

Meditaciones del Quijote

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

8.- LO IMPORTANTE Y LO URGENTE, UNA DECISIÓN

Hoy todo es vorágine, inmersos en una sociedad que cambia constantemente y no sólo eso, sino que lo hace a una velocidad que nos imposibilita visualizar los límites que separa el *antes* del *después*, generándonos una especial sensación de vértigo. Una mañana nos despertamos y constatamos que la realidad se ha modificado, ya no es la misma, no sabemos las causas y nos cuesta recordar la situación anterior.

Estamos en una realidad donde sobreabunda la información, ésta es de carácter fugaz, rápidamente es reemplazada por otra y ésta por otra, y nunca nos da la posibilidad de relacionarla, de analizarla, de encontrarle sentido y descubrir sus significaciones implícitas y a la vez últimas. Es esencialmente una *realidad virtual*, donde la imagen posee una importancia desmesurada, con pretensiones de totalidad excluyente. En tanto, lentamente va agonizando la palabra, el concepto como representación mental de la realidad se aleja de la esencia que le dio origen, se desdibujan las definiciones y se empobrecen los discursos. Existe una economía de palabras, que tiene como consecuencia inmediata una debilitación de las relaciones personales, y no es una aseveración rápida e infundada, se constata cotidianamente en algunas de estas expresiones: “no sé como decirlo”, “no encuentro las palabras”, “me faltan palabras”. Esta manifiesta incapacidad de transmitir cohíbe al hombre, obligándolo a replegarse sobre sí mismo y reprimiendo su mundo afectivo.

Estamos en una realidad que posee dos rasgos distintivos: inmediatez y simultaneidad. Un acontecimiento es observado en tiempo real (inmediatez) en todos los lugares del planeta (simultaneidad). El “aquí” y el “ahora” se han globalizado y en ese fenómeno han perdido la fuerza de la *vivencia*, adquiriendo paradójicamente un sesgo de *utopía* y *ucronía*. Ese “aquí” y ese “ahora” se manifiestan en la bidimensionalidad de la pantalla de televisión o en el monitor de la computadora, mientras la realidad encarnada exige que por derecho se respete su legítima tridimensionalidad fundada en la *presencia*.

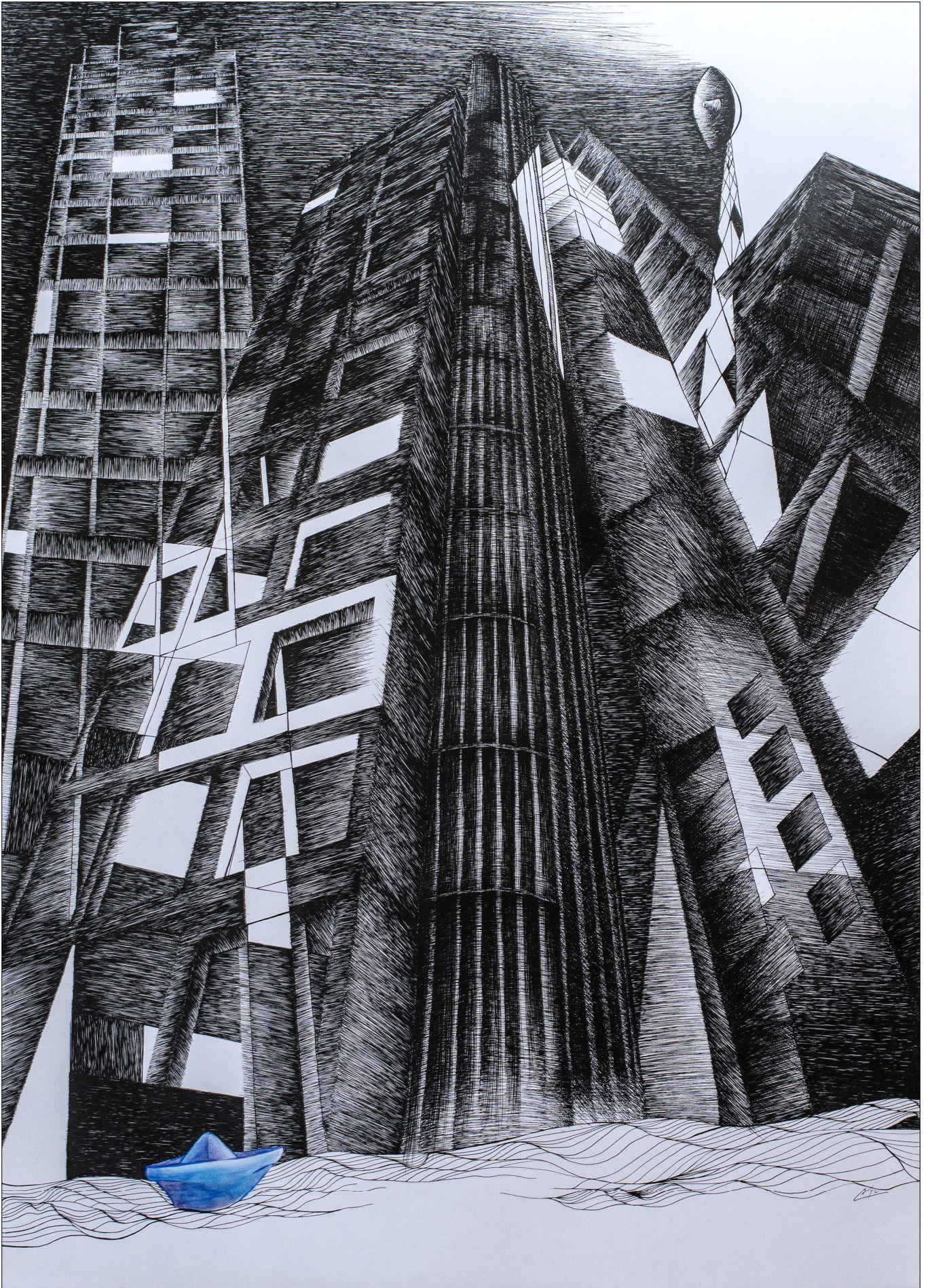
Estamos en una realidad donde la savia que alimenta lo cotidiano y emerge desde las raíces más profundas de la existencia, eso que denominamos las “*cosas simples*” de la vida, que se fundan esencialmente en el mundo de la afectividad, manifestándose con la intensidad desbordante de las *emociones* o la constancia irrenunciable de los *sentimientos*, son consideradas por muchos como nimiedades. A estos detractores, destinarle a las “*cosas simples*” el tiempo de

nuestra vida, es una pérdida de tiempo que podríamos destinar a “*cosas serias*” y que especialmente nos sean *útiles*. En la actualidad las “*cosas simples*” están devaluadas en relación con aquellas que denominamos “*cosas serias*”, que por ser tan serias reemplazan lo *importante* por lo *urgente*. Urgencia que tiene por horizonte el *tener* en desmedro del *ser*, sin considerar que si en el orden de prelación está primero el *tener*, el día que no tenemos no somos. Si la correlación es distinta y privilegiamos el *ser*, podemos no tener y seguir siendo. Este análisis no implica una renuncia o subestimación al tener, intenta ubicarlo en su justo lugar. Tener lo necesario para una vida digna y de calidad, no es lo mismo que ostentar lo innecesario.

Dos frases se le adjudican a San Agustín, una de ellas al salir de un mercado “que feliz que soy, hoy me he dado cuenta cuantas cosas no necesito” y la segunda “al morir dejamos lo que tenemos y nos llevamos lo que dimos”. Lo categórico de ambas nos exime de cualquier análisis, sólo nos puede convocar a la reflexión personal.

Lamentablemente lo *urgente*, con su ilógica pero a la vez atrayente convocatoria, a logrado que *el tiempo nos transcurra* sin poder sentir sus latidos porque nos encuentra inmersos en un doloroso vacío existencial y en el olvido de lo *importante*, hemos perdido y claudicado la hermosa sensación de *transcurrir el tiempo*, de tomarle el pulso a éste y redescubrir cada día el milagro de la vida, esa que nos recorre la piel con timidez de amante y hace temblar el alma desde el asombro de lo inédito.

Lo *importante* pasa a nuestro lado todos los días, con el rostro descubierto y la mirada transparente, sin ocultamientos, para que podamos reconocerlo. Ese enajenante vértigo al que nos somete la vida cotidiana, y que termina absorbiéndonos, nos imposibilita su valoración la mayoría de las veces porque *ni logramos percibirlo*. Pasa a nuestro lado con deseos de intimar, pero estamos demasiados preocupados en perseguir esos seductores fantasmas que disfrazados con el nombre de *éxitos* se nos imponen, convenciéndonos que de no alcanzarlos *no somos nada*. Sólo nos detenemos cuando la existencia nos enfrenta a *situaciones límite* y nos pone por contraste *ante la nada de ellos*. Y no todas las veces, lamentablemente, la vida nos dará la posibilidad de reencontrarnos con lo importante.



...ningún poder de la tierra podrá arrancarte lo que has vivido. No ya sólo nuestras experiencias, sino cualquier cosa que hubiéramos hecho, cualesquiera pensamientos que hubiéramos tenido, así como todo lo que habíamos sufrido, nada de ello se había perdido, aún cuando hubiera pasado; lo habíamos hecho ser, y haber sido es también una forma de ser y quizá la más segura.

Del libro

El hombre en busca de sentido

VIKTOR FRANKL

9.- LAS SOMBRAS Y EL PASADO, UNA PROYECCIÓN

¿Quiénes somos? La pregunta constantemente repetida por la totalidad de las ciencias humanistas, de manera especial por la filosofía y la psicología, la podemos reemplazar por una pregunta más comprometida y que nos interpela de manera directa y sin dilaciones: ¿Quién soy yo?

La respuesta no implica, como acostumbramos, presentar un detalle de carácter descriptivo que siempre comienza con el nombre, la fecha y lugar de nacimiento, datos que ciertamente no son menores porque hacen a mi identidad primera y me sitúan en la existencia, pero que sin lugar a dudas no representan esa búsqueda última que hace a nuestro ser existiendo.

En la convicción profunda que lo primigenio que nos diferencia con los otros seres del universo conocido, y a la vez nos hace semejantes a Dios, se fundamenta en nuestra naturaleza espiritual, cuyas dimensiones esenciales son la capacidad de amar y de ejercer la libertad, co-principios inseparables, debemos afirmar que el mayor acto de amor se corresponde con el mayor acto de libertad: *dar-se, dar-me*, símbolo de la entrega absoluta al otro.

Por lo predicho, ante la pregunta en cuestión debiéramos responder: “yo soy *mi historia*”, resultado de esa libertad personal e inalienable que nos caracteriza y nos distingue, y fundamentalmente nos hace *responsables* de todos, de absolutamente todos nuestros actos libres. Esos que un día, el último de nuestra existencia, quedarán fijados indeleblemente como un todo para la eternidad.

No debemos ignorar que somos también el presente, ese que se construye en un *aquí* y un *ahora*, mediatizado por el *instante* huidizo y fugaz, sin olvidar tampoco que existe un futuro incierto que sin ser todavía, está latente con presencia grávida en la fecundidad de nuestros proyectos.

Esencialmente somos *pasado*, dado que el presente *está siendo* y el futuro *todavía no es* y como diría Viktor Frankl “*haber sido es también una forma de ser y quizá la más segura*”. El pasado deja una impronta que *condiciona* no sólo el presente sino también las proyecciones futuras y en algunas situaciones este condicionamiento puede ser de tan fuerte presencia que limite sensiblemente nuestra libertad, sin llegar nunca a *determinarla*.

Si el pasado pudiese determinar la libertad (hipótesis de imposible realización) ese día la libertad aniquilaría su ser y por consiguiente el hombre y el amor dejarían de ser junto a ella.

Se hace necesario remarcar que si bien somos la historia que resulta de nuestra libertad personal, esa historia la construimos *junto a otros* igualmente libres y esa instancia que me es ajena conforma substancialmente *mi historia* sin poder evitarlo, salvo imaginando la ficción de un solipsismo. Esta referencia a la libertad del otro, no nos debe llevar a la inferencia que esa libertad es determinante de la nuestra. La misma se transforma en circunstancia, "*mi circunstancia*", frente a la cual siempre el hombre mantiene intacta su propia libertad que se manifiesta en la *actitud* con que enfrenta a ésta o la asume.

En algún momento puede ocurrir que pensemos que estamos encadenados inexorablemente al pasado, que las opciones que elegimos o las situaciones que nos acontecieron nos anclaron definitivamente en aquel tiempo, y experimentemos la sensación de una intensa angustia por sentirnos *esclavos* de ese pasado. Sería ilusorio negar lo vivido, el tiempo no permite regresar y modificar ni un ápice de los hechos, fueron y seguirán siendo para siempre. Sólo depende de nosotros su integración, como hitos de fracaso o instancias de aprendizaje. Somos *hijos* de nuestro pasado, no *esclavos* de él. Poder entender esta diferencia es clave desde el punto de vista psicológico.

El hombre nunca puede separarse de su sombra, está unida a él de manera indisoluble. La diferencia radical es si camina de frente al sol o dándole la espalda a éste. De darse la primera alternativa, la sombra va detrás de él, lo persigue constantemente, pero sin interferir ni distraer su andar y el camino, como dice el poeta, se va haciendo camino al andar. El problema reside en la segunda alternativa, cuando la sombra nos precede porque el sol queda atrás y la misma nos llama la atención asumiendo el nombre de culpa o nos demora en la pregunta de aquello que podría haber sido y no fue. Indiferente, a pesar de ello, la vida sigue, sin detenerse y sin volver la mirada. No sólo no nos espera, tampoco regresa, ella es presente que va en constante búsqueda de futuro.

Un día el sol estará en el cenit, ese día no habrá sombras, sólo luz, y ya no existirá posibilidad de disquisiciones.



Yace aquí el Hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.

Del libro
Don Quijote de la Mancha
MIGUEL DE CERVANTES

He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos

Del libro
El principito
ANTOINE DE SAINT EXÚPERY

X.- EL PRINCIPITO Y EL QUIJOTE

I

Estaban dolorosamente extraviados en la desmesurada aridez del desierto, allí donde la inmensidad se contrae para que se dilate el corazón del hombre. Eran dos ángeles noctámbulos abandonados en sus circunstancias, celebrando el innominado misterio de las liturgias del encuentro, esas que propician que el alma se abra para salir y a la vez dejar que el otro entre por el común puente de la emoción.

Estaban sentados uno al lado del otro, con un irreverente silencio frente a la ingrátida presencia del viejo molino de viento, que repetía su sempiterno monólogo al girar sus cansadas aspas con un angustiante y lejano crujir, quizás imitando burdamente el latir de esos dos espíritus dolientes por una realidad que se resistía a sus sueños, esos que eran el sentido de su vida.

Estaban los dos paradójicamente unidos por la mística tragedia de la soledad. A uno de ellos, el de la transparente inocencia, por la sublime clandestinidad del milagro se le llenaron los ojos de estrellas, y bosquejó lo indeleble de una rosa. Al otro, el caballero de la triste figura, en la primigenia intuición del asombro se le llenaron los ojos de batallas, y gestó la esperanza de un amor imposible.

Estaban allí y lejos, muy lejos, una soberbia rosa deshojaba indiferente su hastío, y la ignota declarada señora Dulcinea no asumía su digna y confiada señoría, sin presentir que aquellos agonizaban sumidos en el profundo dolor que causa la distancia, que siempre es sinónimo de ausencia, con dejos de adiós y despedida.

Estaban allí y muy próximos sus prójimos, compañeros de ruta, ese aviador indiferente y malhumorado y el pragmático y ambicioso escudero, que ya no eran aquellos que habían sido. De pronto dejó de girar el molino de viento, haciendo un respetuoso silencio ante lo irreversible.

Los dos se miraron a los ojos sabiendo que se acercaba el instante final, ese ineludible instante con forma de serpiente para el de la transparente inocencia y decrepita vejez para el caballero de la triste figura. No se dijeron nada, las palabras ya no tenían sentido. Se llevaron en silencio las imágenes últimas que estremecieron sus pupilas y nos dejaron para siempre la locura y la utopía.

II

Quijote, caballero de la triste figura, **vivías** sumergido en una dolorosa locura, como la única y posible evasión a una realidad trágica que no te contenía.

Sancho, noble y fiel escudero, **vivías** una cordura que no te satisfacía y que te llevaba, buscando vanas fortunas, a un seguimiento sin convicciones y porvenir.

Principito, pequeño hombrecito, **vivías** intensamente una amable locura que te dolía cuarenta y tres puestas de sol por una rosa, que nunca te supo comprender.

Aviador, peregrino de los cielos, **vivías** una realidad triste y monótona, sin estrellas, ocupado en la urgencia de todas las urgencias mientras la vida seguía un camino sin brújula.

Quijote, caballero de la triste figura, **ante la muerte morías** en la aceptación de una cordura no querida huyendo de los sueños que aún siguen luchando contra aquellos viejos y nuevos molinos de viento..

Sancho, noble y fiel escudero, **ante el adiós vivías** la desesperación del no aceptar tu cordura y para evitar el naufragio de los últimos quijotes te convertiste en un Quijote para salvar las utopías.

Principito, pequeño hombrecito , **ante la muerte morías**, para recuperar una rosa única en el mundo con la convicción de la derrota del “aquí” y del “ahora” por un “más allá” y un “después”, que aun así te dolía.

Aviador, peregrino de los cielos, **ante el adiós vivías** el descubrimiento inédito de una estrella y para volver a ser, asumiste la transfiguración de aquel niño que un día se había adormecido en tu ser.



El hombre
es un milagro,
el hombre
es un misterio,
el hombre
es...

INCENDIOS

TIEMPO DE PARADOJAS

...el que nace imposible
pensado posible.

...el que siendo posible
se renueva imposible.

...el que insistentemente regresa
sin haberse ido nunca.

...el que siempre se va
sin haber estado jamás.

...el de la insana cordura
definiendo el ser o no ser.

...el de la sana locura
arriesgando a no ser o ser.

...el tiempo sin tiempo.

Del libro
Bosquejos de simple filosofía
ROLANDO RAÚL AGUIAR

I.- HABÍA UNA VEZ...Y ERA EL HOMBRE

Había una vez... y era el **hombre**. Así comienzan todas las historias y ésta también. Él estaba allí con presencia concreta, con inmediatez metafísica, con un corazón que comenzaba a agitarse desmesuradamente ante lo inédito y cuyo latir se confundía con el primer instante del tiempo que acababa de inaugurarse, ése que ya nunca más lo abandonaría. Sus ojos percibieron con dolor la intensidad de la luz, se le presentaron las figuras de las cosas, primero difusas, luego con nitidez y sintió la angustia del sin sentido, no respondían a nombre alguno. Esas imágenes le estallaron en colores y su mirada primera fue la primera mediadora del asombro.

Él estaba allí, su expresión era distinta a todo lo otro que le rodeaba, su forma de ser se aproximaba a la de un ángel extraviado inaugurando el lenguaje de lo espiritual. Un lenguaje que en gráficas inéditas signaba límites de superación, que le eran propios a su esencia constitutiva, pero que él todavía no podía reconocer. Tomó conciencia del espacio y el tiempo, distantes ambos de la primigenia eternidad y que a partir de ahora serían ineludibles coordenadas de su devenir existencial.

Él estaba allí y sentía bullir la vida con intensidad, elevándose más allá de sus sentidos externos, sin prescindir de ellos, pero presintiendo que estaba llamado a ser un ser distinto, pero todo era confusión que le desvelaba y no le permitía todavía definir y encontrar su lugar. Para ello primero tenía que encontrarse dentro de sí mismo y a ese lugar no le era fácil llegar, los caminos le eran desconocidos.

Un despertar fue distinto, tal vez comenzó al atardecer del día anterior cuando observó las primeras estrellas y éstas lo tomaron por asalto y le sitiaron el alma con aspiraciones de milagro. Quizás sempiterna, fue una gestación ingrávida y se llamó pensamiento. Quizás misterioso, fue un descubrimiento sublime y se llamó libertad.

y se pensó libre...(y fue el comienzo)

II.- FUE EL COMIENZO

Fue el comienzo (y se pensó libre). Estaba allí, de pie ante un cosmos inimaginable, involucrado en un universo de fuerzas poderosas y seductoras que él no podía controlar y que debía padecer. Comenzaron a sucederse los fenómenos y cada día se conmovía ante lo nuevo. La lluvia le enjugó el rostro, para después dibujar sobre el horizonte la semicircunferencia de un arco iris que lo sumió en una situación de éxtasis. El viento sacudió sus cabellos y cuando él buscó refugio, éste se vengó destrozando sus intentos. El frío laceraba sin compasión su cuerpo y para defenderse golpeó las piedras y se le estremeció el alma ante una aparición fantasmagórica e inquieta.

Experimentó por vez primera ese miedo ancestral que se sustenta en la incertidumbre, consecuencia de la no explicable heredad de un cielo azul que lo referenciaba a un cenit desconocido. No podía comprender la relación, no se sentía ligado a esa infinitud que se expresa en distancias insalvables y lo conmovió la angustia extrema que se vive ante el abandono, esa particular sensación que producen todos los naufragios. Se sintió profundamente solo y lleno de dudas, y buscó denodadamente llenar las ausencias. Y cuando comenzaba a desesperar, de improviso, aparecieron en el proscenio de aquel desolado escenario los diferentes dioses, distantes y lejanos, pero estaban allí.

Gestó el mito, expresión semántica de la más primitiva y genuina religiosidad. Sin proponérselo, con vehemente ingenuidad bosquejó la metáfora y al pronunciar la primera le estalló en la voz un grito de poesía que le develaba de manera oculta y difusa su ser distinto. Todo le era confuso, no se sentía satisfecho, no podía comprender, a pesar de las nuevas compañías, esa rara sensación de vacío. Deseaba intuir una sensación de plenitud, sin embargo ese anhelo no se había hecho aún presente a su conciencia, ese sueño de lo sublime se consumía aún en un aletargado sueño.

1. III.- CELEBRÓ LA EXISTENCIA

Celebró la existencia con un desmesurado asombro que ya no era sólo frente a la naturaleza que lo desbordaba, y desde esa impenitente actitud –de rebeldía y curiosidad– surgió lo inevitable: la pregunta por el “principio”, por el origen y por su origen. Se mostró inquieto, se agitó interiormente, un “logos” que descubría como esencialmente propio a su condición humana lo urgía a enfrentar –sin posibilidad de excusas– ese nuevo desafío que también le era propio por ser connatural a él.

Si había preguntas debía haber respuestas. Percibió las diversas perspectivas con sus múltiples connotaciones, denotó las dificultades y proyectó la única metodología posible: la búsqueda constante. La empresa era difícil pero no imposible, dependía de su voluntad. Se enfrentó de una sola vez con su destino esencial, heroico y a la vez trágico: el de ser libre para encontrar la verdad y no se traicionó.

Y fue la respuesta a esa primera pregunta: el agua. Se le llenaron los ojos de lágrimas, todo su ser se estremeció de regocijo, también de un sano temor ante el desafío, el tiempo de parto había concluido, el alumbramiento sólo era el inicio, un primer instante de un largo derrotero, que él debía iniciar para que otros tomaran la antorcha y la luz no se apagara.

Sabía que había iniciado un proceso dolorosamente hermoso, extenso y complejo. A partir de ese momento había profesado, ante sí mismo y en la más absoluta intimidad, el compromiso de una opción fundamental. Su claudicación lo llevaría a sucumbir, a la hecatombe de una ignorancia consentida a la que no estaba dispuesto. Asumió que el primer paso no era el camino, significaba sólo la responsabilidad de la génesis del mismo, de construirlo en el andar y el desandar sus espacios y sus tiempos, en alcanzar las más elevadas cimas y el caer en los más profundos abismos. La clave consistía en no desesperanzarse, en seguir a pesar de todo. Existía un lugar de llegada y aunque nunca llegara, lo justificaba el andar no la morada.

IV.- Y DESPUÉS FUE EL AIRE...

... y después fue el aire, el fuego, la tierra, lo indeterminado. A la primera pregunta le siguieron otras y las respuestas surgían con vehemencia. En su mente todo era torbellino que arremetía con la furia de los vendavales. Le provocó admiración lo permanente, lo inmutable y ese hallazgo le daba una pseudo serenidad, poder asir la realidad de una vez y para siempre. Pero otro día despertó y nada era lo mismo, los árboles con su otoñal ocre se presentaban con verde prepotencia. Y sorprendido se dejó cuestionar por las causas del cambio. Se bañó en ríos que ya nunca serán los mismos y se consumió en fuegos de eterna contradicción.

Avanzó hasta los límites del concepto, buscó la palabra para nombrar, y desde ese significado esencial construyó las definiciones y todo comenzaba a adquirir un sentido racional. Elaboró dialécticas instancias de un mundo inmaterial, las matemáticas –desde los números y las figuras geométricas– lo elevaron hasta la metafísica y la ética y desde allí buscó encontrarse con la idea última y ésta fue la idea del Bien.

No satisfecho hurgó en la matriz de la substancia y encontró que lo constitutivo de ella eran co-principios necesarios e inseparables. Tampoco se conformó con el “ser” y el “no-ser”, y se enfrentó con el “poder ser” que todavía no es en acto pero puede llegar a serlo y se potenció.

En búsqueda del “todo” llegó hasta el “Uno”, se propuso contemplar intelectualmente “el Primer Motor Inmóvil” y abismado en profundidades metafísicas bosquejó lo “Absoluto”. Íntimamente –sin poder reconocerlo– reaparecía aquella sensación de vacío que lo venía persiguiendo. Ese absoluto estaba distante y no se interesaba por nada, salvo por sí mismo, dado la indiferencia que devenía de su ser impersonal.

Un solapado sentimiento de abandono convivía con él, y él lo presentía, seguía al aguardo de lo desconocido.

V.- AQUEL DIOS, LE REVELÓ SU NOMBRE

Aquel Dios –desde una zarza que ardía sin consumirse– le reveló su nombre diciéndole “Yo Soy el que Soy”, llenándole en un solo instante de fuego el corazón para que nunca más le habitara la desesperanza. Aquellas palabras le eran incomprensibles, pero las aceptó, con la mansedumbre de la confianza y la entrega. Siglos después, el profeta fue portavoz de la promesa y le anunciaba un Mesías, un Salvador que llevaría por nombre Emanuel, pero era necesario esperar el tiempo y poder reconocerlo entre los otros hombres, tarea sumamente difícil, pero que sólo requería apertura de corazón.

La promesa se cumplió, y en ese cumplimiento se consubstanció el milagro. El hombre con su finitud insalvable estaba frente a Dios, a ese Dios personal que había decidido asumir la condición humana, para que lo humano se elevara a lo divino. Uno de ellos se sintió anonadado y perplejo ante la magnitud inconmensurable del misterio y en la intimidad del diálogo le confesó su reconocimiento.

Otros, en primera instancia, aún con reticencias, también lo hicieron y a pesar de todo lo compartido con Aquel Hombre, sus palabras, su testimonio, su entrega sin límites, al final no pudieron comprenderlo ni acompañarlo. Decidieron, entonces, abandonarlo dejándolo en una absoluta soledad al anochecer de aquél trágico día. Inclusive aquel que tenía plena conciencia de Aquel Ser, a su miedo humano lo convirtió en triple negación. Soledad aparente porque a su enviado Dios no lo abandonó, lo había enviado por causa del hombre y a pesar del hombre.

La proyección de la sombra de la Cruz, transfigurada por la nueva luz del Crucificado, le permitió al hombre entender que el Amor había vencido definitivamente a la muerte. Descubrió que su ser estaba llamado a la trascendencia. Aquel acto de amor lo había convencido de una vez y para siempre... había encontrado “el camino, la verdad y la vida”. Y sintió que ya nunca más estaría solo, la lámpara estaba sobre la mesa.

VI.- LA INEXPRESABLE ESENCIA DE LO DIVINO

La inexpresable esencia de lo divino lo enfrentó a su insalvable finitud intelectual y en su lógica porfía, no pudiendo definir el misterio, se aventuró por los simétricos derroteros de la razón para demostrar la necesaria existencia de Dios y lo sustantivó “Acto Puro de Ser”. No lo hizo por reemplazar la fe, dado que la presencia de Dios estaba arraigada en su corazón, quería comprender lo inexplicable. La esencia divina se había manifestado con diáfana claridad, mediatizada por la cruz –expresión del amor y la misericordia de Cristo Jesús– expresada en el kerygma, con sus instancias de dolorosa pasión, cruenta muerte y salvífica resurrección que vencía definitivamente a la muerte, pregunta que lo angustiaba y ahora tenía respuesta.

Por ello a ese Amor huidizo e irreverente por naturaleza a las premisas silogísticas lo intuyó en la inexplicable experiencia de lo místico –locura que transgrede la razón– transfigurándolo en una esperanza escatológica, sustentada por una fe incommovible en la espera de la parusía. Se aproximó a lo superracional, que no es enajenación ni huida, es contacto directo con la contemplación suprema, esa a la que el alma aspira como objetivo justificante y último.

Su estrecho corazón se dilató, era consciente de ser un prisionero de las coordenadas de tiempo y espacio, asumidas por su fragilidad estructural. Sintió de pronto en lo más recóndito de su alma que los límites ya no eran definitivos, existía otro “ahora” llamado “después”, existía otro “aquí” llamado “más allá”, su ser no estaba sujeto a la aniquilación que lleva por nombre la “nada” y su existencia se colmó de luz.

A través de una inédita elevación espiritual que lo estremeció anonadándolo en la perplejidad de lo absoluto, se dejó invadir sin la mínima resistencia intelectual por la fuerza del amor y en un instante –única certeza existencial– presintió la presencia de lo eterno.

VII.- DE PRONTO SE ESTREMECIÓ

De pronto, su espíritu siempre predispuesto a transgredir límites se estremeció con súbitos desgarros gnoseológicos. Atrás quedaban los tiempos prístinos del asombro y la contemplación, del mito y la fe, del mundo y de Dios, con aciertos, también con errores no siempre asumidos. Al comienzo no supo entender a aquellos otros espíritus con nuevas búsquedas, que no venían a destruir lo establecido, por el contrario su objetivo era abrir otros caminos, con distintos abordajes a una realidad que requería ser interpretada desde otras perspectivas que se hacían patentes y reclamaban su legitimación. La mayoría no tenía por fin último la negación, requería la integración de esos conocimientos a una cosmovisión de un universo que estaba allí, presto a que la inteligencia del hombre develara las leyes que lo regían.

La realidad se presentaba como una hoja en blanco en cuyo epígrafe se podía leer una sola palabra: duda. El método llevó al hombre a un límite extremo: había que dudar de todo y por ende los conocimientos hasta allí adquiridos se desvanecían trágicamente como fantasmas en la niebla. Y desde esa irreductible postura se originaba la génesis de un solipsismo que proscribía las primigenias certezas metafísicas y a éstas se las marginaba definitivamente. Se repetía la historia al revés. En la prefiguración de los nuevos conocimientos, valiosos por cierto, se repetía –con miopía manifiesta– recurrentes actitudes de injusticia por asumir los mismos comportamientos de negación, pero más grave aún: se debía elegir por el hombre o por Dios, por la razón o por la fe.

Nuevos paradigmas se gestaron a partir de esta duda metódica, y las verdades inéditas que aparecían ante sus ojos le obnubilaron la mirada. Ya no podía ver con nitidez aquellas verdades reveladas que seguían conservando su validez porque no estaban sujetas al tiempo, dado que su fundamento era el espíritu de lo perenne y pertenecían al ámbito de lo trascendente.

VIII.- DEFINITIVAMENTE LA TIERRA COMENZÓ A GRAVITAR

Definitivamente, la tierra comenzó a gravitar alrededor del sol y a dar vueltas sobre sí misma, dejando de lado ancestrales costumbres. Los cuerpos celestes también quisieron innovar y se rebelaron a su movimiento circular y decidieron dibujar órbitas elípticas. La filosofía clásica, en la figura de Platón y Aristóteles, de San Agustín y Santo Tomás, era profundamente cuestionada, sus verdades atesoradas por siglos de cultura eran sospechadas por hermenéuticas que proponían que fueran exiliadas por la historia de manera definitiva. Los nuevos filósofos debían profesar en primera instancia un compromiso con la razón científica, la constatación empírica y la demostración, eran los argumentos fundantes de ésta etapa naciente.

La estructura de la realidad se sustentó en el equilibrio irrefutable de las ecuaciones, en la precisión sucinta e incisiva de los principios y en la exactitud atemporal del teorema. La esencia del universo se matematizó, y ese encuentro original con la naturaleza que se experimentaba estéticamente ahora era manifestado por una nueva inteligibilidad. Indudablemente y sería ingenuo negarlo, ésta era de vital importancia para el progreso en su tarea de humanización. Lo peligroso era esa imposición como pensamiento totalizador, con los riesgos que siempre conlleva la falta de apertura a otras formas.

El hombre entonces decidió abandonar, por considerarlo inseguro, el refugio de la fe y por ende desvencijar los ya pretéritos rituales, para transitar el incipiente pero prometedor camino de la naciente ciencia y conquistó de ésta su utopía, expresada en inéditas formas tecnológicas. Formas que dejaron en su espíritu una impronta de paradójica seducción, sustentada en un ávido y desmesurado poder. No entendió que fe y razón científica no eran excluyentes, que eran dos formas de conocimiento vinculadas a una sola realidad, que las necesitaba a ambas como referencia.

IX.- PARTIÓ EL ÁTOMO DE URANIO

Partió el átomo de uranio y desencadenó fuerzas incontenibles, todo fue un instante y todo después fue innominado silencio, ya no estaban los hombres, ya no estaban los pájaros, sólo una desgarradora ausencia era iniciadora del miedo, ese clandestino ultimátum a la paz. Los filósofos comenzaron a analizar la existencia, lo venían haciendo desde aquella primera guerra de trincheras, donde un hombre al matar al otro lo miraba a los ojos y se quedaba con su última imagen, que quizás era el rostro de su hijo al que no vería crecer.

Y la muerte se transformó en el acto más auténtico, nadie podía morir por otro, o era el acto más absurdo porque anulaba su libertad. Era una situación límite, junto con la culpa, el sufrimiento y la lucha. Descubrió que nada de lo humano le era ajeno, ni las virtudes ni las miserias, deslizó que la vida no tenía sentido pensando en Sísifo y la indiferencia era la única salida ante lo definitivo y lo incierto.

En trágico soliloquio buscó desandar impenitentes soledades, sus gritos fueron botellas vacías arrojadas al mar de la angustia, y enfrentado a la simetría fantasmagórica de aquellos enmohecidos y olvidados molinos de viento, no pudo vencer la desesperanza y se aventuró a una quimera espacial.

Dios de la profecía y del sol, Apolo, ese hijo de Zeus, le prestó su nombre al vuelo y el hombre sintió estremecido el “ahora” de aquel día, y al pisar la luna un nuevo “aquí” era la huella del despojo definitivo a los sueños del poeta.

Negó el misterio, desdibujó lo absoluto, justificó el sofisma, y al no poder satisfacer su insaciable ego decidió clonar su vanidad.

X.- MANIFIESTO POR LA ESPERANZA

Dónde: Aquí, en este lugar del mundo, un ínfimo espacio donde apenas habita un hombre, con su frágil corporeidad sujeta a las vicisitudes de la naturaleza, de la cual es parte y sabe de sus profundas limitaciones.

Cuándo: ahora, en este preciso instante, que es la única certeza que tiene, ya que mañana es una posibilidad, apenas eso, la más hermosa posibilidad, ya que puede ser nunca jamás.

Quién: un hombre, cualquier hombre, un anónimo con una historia personal única por ser único e irrepetible, como todos, que desconocemos su rostro, sus momentos de felicidad y dolor, sus búsquedas y sus anhelos más queridos, está aquí y ahora.

Qué: proclamando y a la vez manifestando que

El amor es...

... del **tiempo**, su intensidad, que es la savia.

... de la **vida**, su esencia que es su razón de ser.

... de la **soledad**, su vacío imposible de llenar.

... de la **esperanza**, su raíz que ultraja la tierra.

... de la **utopía**, su posibilidad de todas las imposibilidades.

... de la **fe**, su razón que no exige explicaciones.

... del **dolor**, su horizonte que no se puede evitar.

... de la **eternidad**, su arista imposible de comprender.

... de la **sabiduría**, su búsqueda difícil de lograr.

... de la **verdad**, su sinónimo que siempre es búsqueda.

... de **Dios**, su **Ser**, que simplemente es.

Porqué: Es necesario que comprendamos su urgencia que no soporta dilaciones, el espacio es “aquí” y el tiempo es “ahora”.

Para: que asumamos un nuevo compromiso con la vida, la nuestra, la de todos.

Cómo: recreando el amor, que siempre es la instancia última a pesar de todos los naufragios, que nunca son naufragios, cuando la decisión es salvarse, contra viento y marea.

**DE
QUIJOTES
Y
UTOPIAS**

Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso;
más en llegando al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza y no le paso.
Así el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída
la que conmigo muerte y vida trata!

Del libro: *Don Quijote de la Mancha*

La pretensión de este trabajo es bosquejar una aproximación a las causas que llevaron al hombre de final de siglo XX a ser “un hombre sin ideales”, un hombre sumergido en la inmediatez y la simultaneidad, fenómeno de esta etapa llamada posmodernidad. Un hombre extraviado en sus coordenadas de espacio y tiempo, donde identidad y pertenencia le resultan un problema.

Es preciso aclarar que esta descripción corresponde esencialmente al hombre de las grandes urbes, ese al que transforman en un ser anónimo y lo sumergen en la mayor de las soledades y lo dejan a expensas de su angustia existencial. El hombre que habita en pequeños pueblos, allí donde las relaciones personales todavía están vigentes, se aleja de éstas características y bienvenido que así sea.

Por motivos pedagógicos, apelo inicialmente a un poema de veinticinco versos que escribí el 31 de diciembre de 1999, cuando se moría el año y nacía el 2000 con todos sus miedos y fantasías, y que intenta proyectar en forma simbólica desde el relato de la muerte del Quijote, diferentes cuestiones antropológicas y sociológicas.

Separo posteriormente cada estrofa de cinco versos y realizo en ellas el análisis de las cuestiones predichas, describiendo estas situaciones:

- 1) El miedo y la angustia como condicionantes.
El relativismo y el pragmatismo como sucedáneos de la verdad.
- 2) Empobrecimiento de la contemplación y el silencio.
Pérdida de la responsabilidad.
- 3) La pasividad e indiferencia ante las estructuras de dominación.
Ejercicio limitado de la libertad.
- 4) Creación de nuevas estructuras de sometimiento.
Ausencia de juicios de valor.
- 5) Necesidad de recuperar el espíritu del Quijote con sus utopías.
La esperanza, un lugar de partida.

Estoy convencido, profundamente convencido, que todo esto se puede revertir, se hace necesario no perder de vista una perspectiva de esperanza. Es imprescindible, cuando el desánimo parece ganar y no se vislumbran horizontes referenciales, desandar el camino para regresar a las fuentes primigenias, esas que nunca debiéramos de haber abandonado.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo.

Del libro *Del Quijote de la Mancha*

EL QUIJOTE SE MORÍA...

I

El Quijote se moría
con los ojos abiertos.
Dicen que en ellos brillaban
las aspas de UN VIEJO
molino de viento.

II

El Quijote se moría
en la soledad de un silencio.
Dicen que sólo crujían
las aspas de ESE VIEJO
molino de viento.

III

El Quijote se moría
aferrado a la utopía de un sueño.
Dicen que era derribar
las aspas de AQUEL VIEJO
molino de viento.

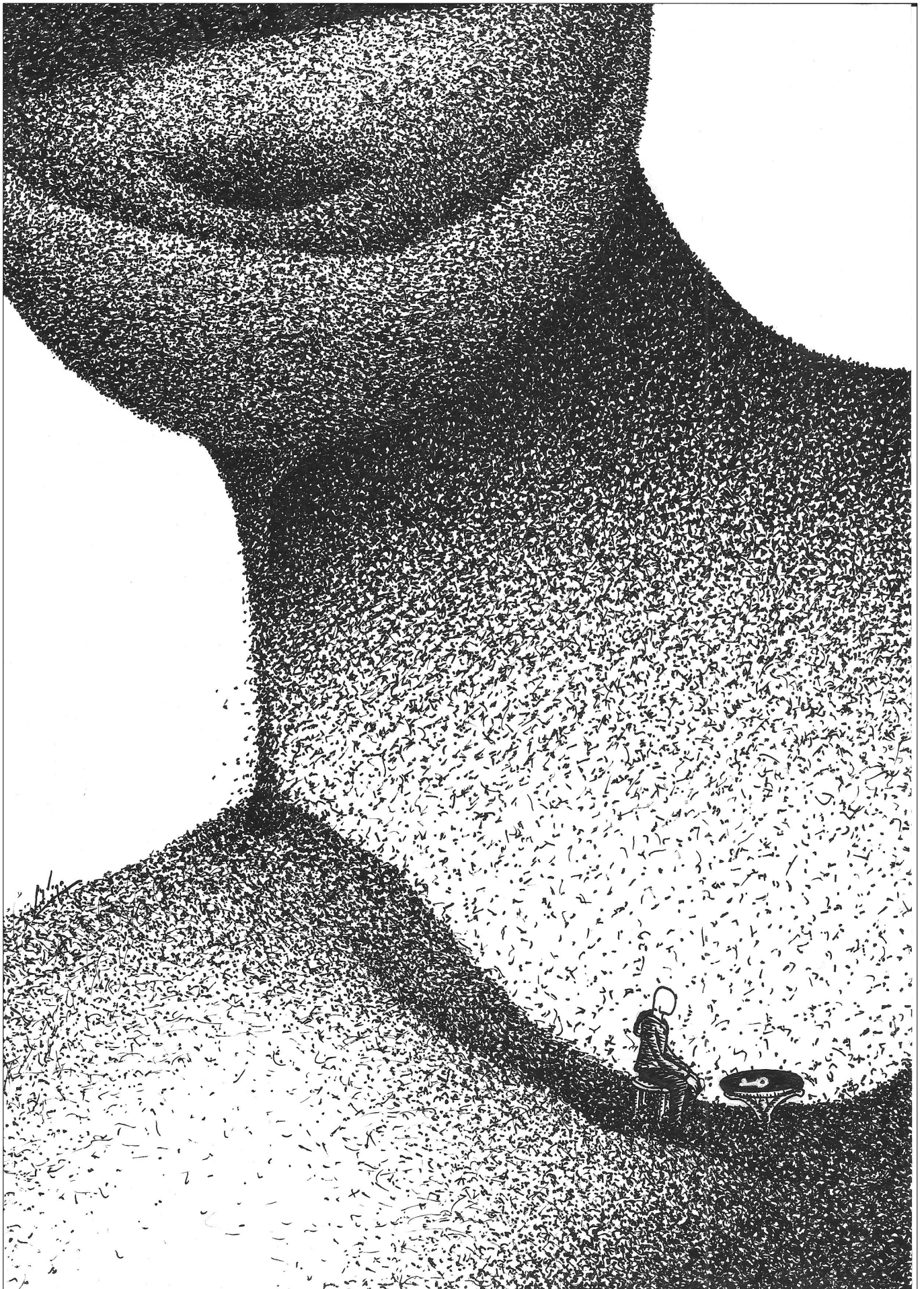
IV

El Quijote se moría
una tarde de invierno.
Dicen que ahora giran
las aspas de UN NUEVO
molino de viento.

V

El Quijote se moría
pero tal vez era un simulacro.
Dicen que sigue luchando
contra las aspas DE TODOS
los molinos de viento.

Rolando Raúl Aguiar



I

***El Quijote se moría
con los ojos abiertos.
Dicen que en ellos brillaban
las aspas de UN VIEJO
molino de viento.***

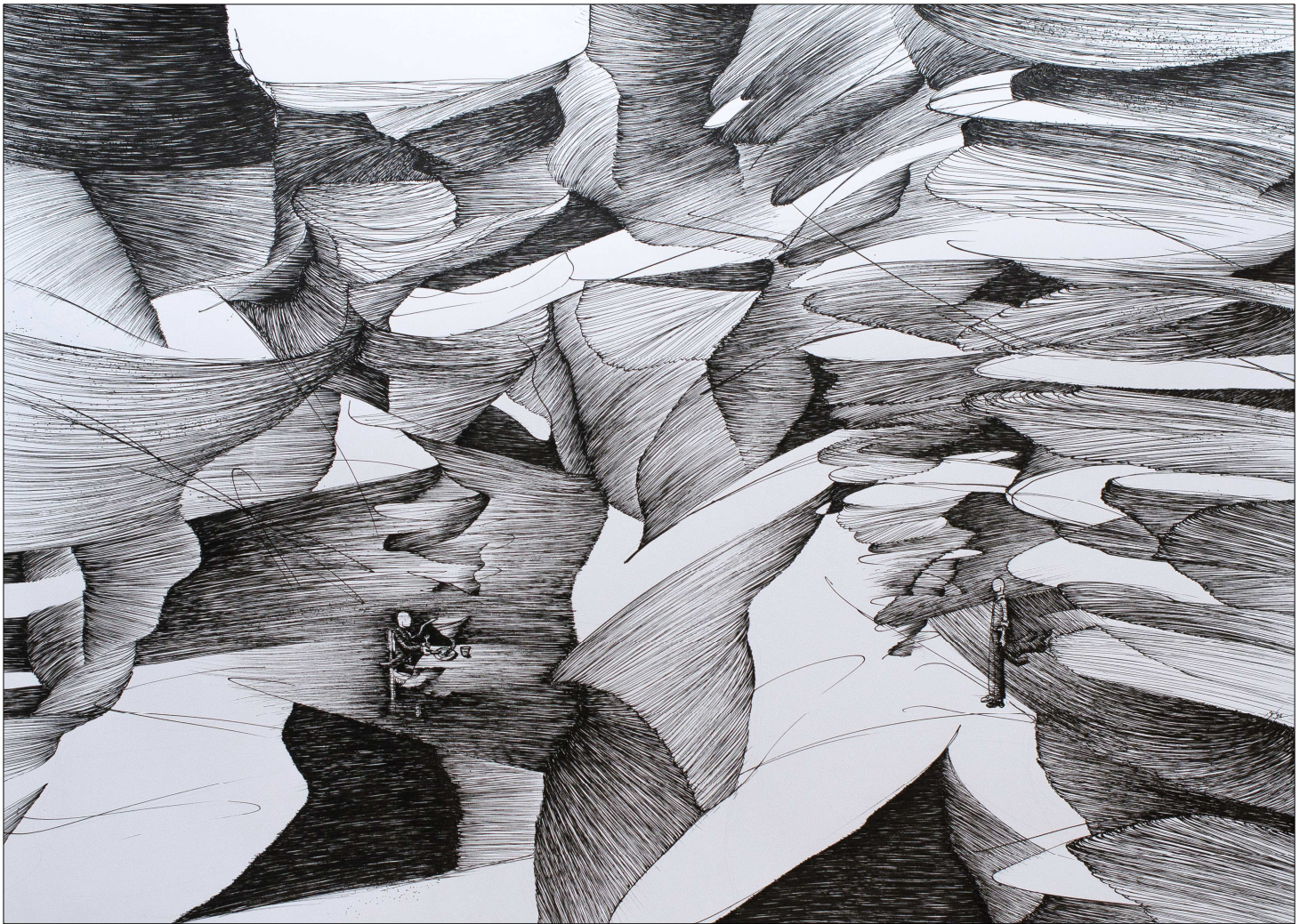
EL HOMBRE DE HOY, camina con los ojos cerrados a la realidad profunda que subyace más allá de las manifestaciones exteriores, y se queda prisionero de las propias limitaciones que él se ha autoimpuesto, no encontrándose a sí mismo por miedo y gestando la angustia como su inalienable destino esencial. Miedo a enfrentarse con sus propias contradicciones latentes que se encuentran en clandestina convivencia y que lo llevan a mostrarse irreverente ante el misterio, asumiendo un desesperado agnosticismo ante lo irreducible y un indiscernible silencio ante lo paradójico.

Angustia que surge del vacío existencial y lo inmoviliza, sumiéndolo en una existencia que carece de sentido. Un “aquí y ahora” sin referencias ni proyección, donde la muerte aparece en el horizonte como la angustia por excelencia. Una muerte que no es internalizada como una dimensión constitutiva del devenir humano y que en consecuencia, no permite la concientización de esa insalvable finitud del hombre -conciencia necesaria para la justa prelación del valor irrepetible e irrecuperable de cada instante-.

En el momento en que la vida y la muerte no tienen sentido, el tiempo se convierte en caótico devenir y la libertad en ilusión fantasmagórica. El hombre pierde el centro de gravedad existencial, y la prudencia -pasajera de todos los trenes que conducen a un destino de sabiduría- se queda divagando olvidada en los andenes de cualquier estación.

EL HOMBRE DE HOY no busca la verdad, se conforma con dudosos relativismos o sutiles construcciones pragmáticas que le permitan justificar el “éxito” que lo obnubila y le hace perder las perspectivas del verdadero horizonte al que debe tender su existencia. Un éxito que no contempla la totalidad de las dimensiones humanas, quedando reducido a meros logros económicos que antepone la insaciable locura del “tener” a la noble tarea del descubrimiento gradual y constante del “ser”.

Sin vocación de “búsqueda de la verdad”, el espíritu del hombre se priva de las motivaciones que lo movilizan a perseguir altos ideales y termina refugiándose en la oscuridad de la inmediatez.



II

***El Quijote se moría
en la soledad de un silencio.
Dicen que sólo crujían
las aspas de ESE VIEJO
molino de viento.***

EL HOMBRE DE HOY busca huir de la realidad aturdiéndose en la vorágine del ruido, enajenante praxis de esta sociedad. Va empobreciendo, por manifiesta negligencia o consentida ignorancia, sus actitudes de contemplación y silencio. Desde esta situación de ausencia, de dispersión, va perdiendo también esa inquietud ante la totalidad del ser, esa misteriosa intuición llamada asombro o admiración. Se niega a sí mismo la posibilidad de mirar la realidad de una manera distinta, en donde el hombre se siente no sólo un espectador de su propio monólogo, sino esencialmente un protagonista comprometido con la vida y el destino de los otros a partir de un escenario común y a la vez ineludible.

Al no poseer la cosmovisión que le permita la mirada abarcadora y solidaria -absorbido por un egocentrismo de raíz y proyección fragmentaria- ha perdido la noción y el grado de responsabilidad inherente a su Ser Humano, quedando deshabilitado emotivamente, y por ende imposibilitado de conmoverse -moverse interiormente con el sentir del otro-.

EL HOMBRE DE HOY no siente crujir su Ser con el dolor de los demás, no ha descubierto que su "prójimo" es su "próximo" y está allí frente a él esperando una respuesta, la auténtica respuesta humana que lo salve de la mayor de las tragedias: la soledad. La indiferencia siempre clausura las infinitas posibilidades de un "nosotros".

Absorbido por los requerimientos cuantitativos, aceptación conformista de lo mediocre, se priva de esa inconmensurable celebración mística del encuentro con el otro.

No encuentra a nadie porque no busca, no descubre ni se descubre, lo invade la inseguridad y ésta se apodera de su presente. No se anima a intuir al otro para conocerlo (co-nacer, co-nacimiento de asombro y admiración por la unicidad y lo absoluto del "tú"), adentrarse a ese centro mismo que se expresa en lo espiritual y permite una comunión de verdad y justicia.



III

***El Quijote se moría
aferrado a la utopía de un sueño.
Dicen que era derribar
las aspas de AQUEL VIEJO
molino de viento.***

EL HOMBRE DE HOY manifiesta una ingenua pasividad o una sospechosa indiferencia ante las estructuras de poder. Poder que no se funda en una vocación de servicio, sino aquel otro que busca someter al hombre conculcándole su dignidad e imposibilitándole su realización personal.

Con estas actitudes de prescindencia no sólo se convalidan estos esquemas, también se los consolida haciéndolos emerger como “inevitables”, seudo concepto que exime del esfuerzo ingente que presupone la generación de cambios realmente profundos.

El ejercicio de la libertad se ha limitado a una libertad interior valiosa pero insuficiente, dado que la verdadera vocación de ésta -su razón de ser- es la promoción de mayores espacios de libertad, expresados ineludiblemente en constantes procesos de liberación personal y social.

Al asumir como filosofía de vida un acendrado nihilismo, vivenciado con conductas hedonistas y fuertes aristas de individualismo, se destruye esa responsabilidad y madurez que exige como esencia y fundamento la libertad.

La libertad no existe fuera de la relación interpersonal, relación que engendra actos concretos de compromiso, resultado de una opción fundamental que no puede ser traicionada.

EL HOMBRE DE HOY manipulado por aquellos medios de comunicación que son sustentados por los hacedores del consumismo desenfrenado, con esa apatía congénita de la posmodernidad, no adquiere plena conciencia que una libertad auténtica presupone una dimensión ética como insoslayable paradigma antropológico.

Agobiado por el vértigo, no logra serenar su espíritu para diferenciar lo urgente de lo importante, lo monótono de lo simple, lo transitorio de lo perenne, lo imposible absoluto de lo difícil asequible.

El signo y la medida de la libertad es su posibilidad inherente y su capacidad innata de sentir al otro como un otro único, digno de ser promovido en su alteridad.



***El Quijote se moría
una tarde de invierno.
Dicen que ahora giran
las aspas de UN NUEVO
molino de viento.***

EL HOMBRE DE HOY no sólo percibe su sometimiento a las estructuras tradicionales de poder (económicas y políticas), él también contribuye -consciente o inconscientemente- a la creación de nuevas instancias de dependencia al conceder a la tecnología un poder omnímodo, adjudicándole un status que sólo es aplicable a lo absoluto.

Convencido que los mitos y los ritos eran primitivas formas de esclavitud, no vislumbró que simplemente transfería esos poderes rechazados a inéditas y solapadas estructuras de dominación, en algunos casos con sesgos más oscurantistas que aquellas realidades que él así adjetivaba.

Seducido por los descubrimientos científicos y sus correspondientes aplicaciones técnicas, olvidó proyectar sobre ellos un paradigma ético antropocéntrico que le permitiera mantener la vigencia irrenunciable del hombre como “fin” de todos los proyectos y ser metafísico llamado a una irrestricta apertura a lo trascendente.

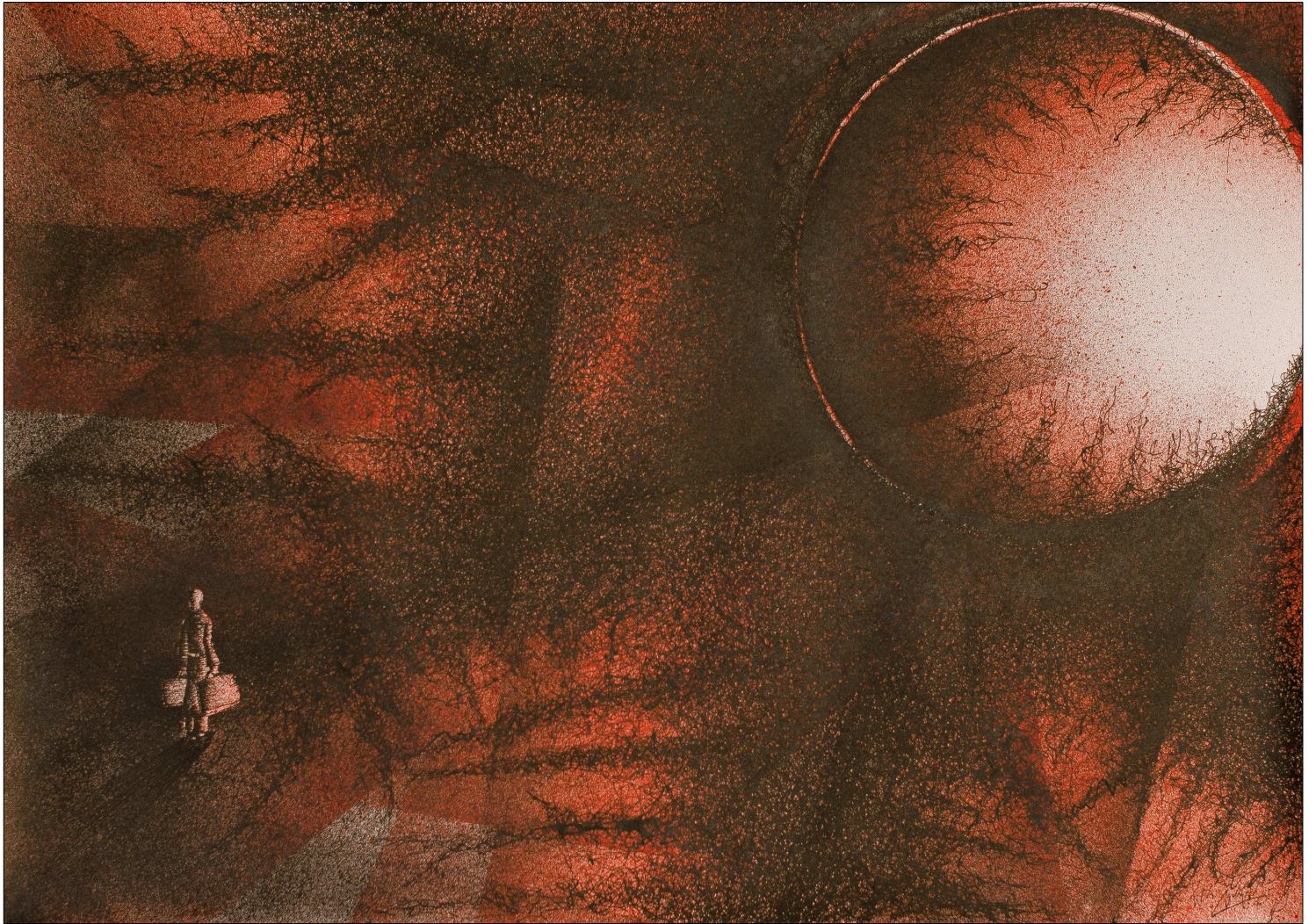
El hombre relegó al hombre en una actitud incomprensible de automasquismo.

EL HOMBRE DE HOY transgrede los límites aduciendo un falso y paupérrimo concepto de libertad, justificado en una inexistente antinomia con lo moral. La libertad implica la posibilidad de elección, siempre se elige entre opciones portadoras de valores.

Está convencido que los efectos nocivos de este infernal aparato tecnológico de alcance mundial, impersonal y desmesurado, no son de su incumbencia. Para él lo científico tecnológico es neutro axiológicamente y no existen razones valederas para pensar en límites, ya que todos los límites son opresivos.

Un río sin barrancas se desborda y su cauce se malgasta en inútiles espejos de agua, haciéndole perder el sentido, la fuerza y cohesión que lo llevan a cumplir su objetivo vital, su razón de ser: desembocar en el mar.

Todo acto de libertad (de acción u omisión) presupone un juicio de valor que determina la bondad o maldad de lo elegido, y lleva implícito la aceptación de la connatural responsabilidad que aparentemente el hombre de hoy no está dispuesto a asumir.



***El Quijote se moría
pero tal vez era un simulacro.
Dicen que sigue luchando
contra las aspas DE TODOS
los molinos de viento.***

EL HOMBRE DE HOY, en la inmediatez de la búsqueda, puede sentir aquellas dos vivencias del quijote ante los molinos de viento: la ***alucinación*** que genera pensar que los molinos de viento son gigantes y por ende negar la realidad o la ***desilusión*** de asumir que los molinos de viento imponen inexorable y dramáticamente su presencia y no puede ni siquiera resistir; y de pronto experimentar ese vértigo clandestino que arrebató a los ángeles noctámbulos cuando no se sienten contenidos por este hostil universo.

El hombre debe hacerse a sí mismo, siempre e ineludiblemente, con los molinos de viento que la realidad de un “aquí” y “ahora” les ofrece, con esa desmesura de la imposición inconsulta o aquella vehemencia despótica y misericordiosa que representan las ***circunstancias***. Con ellas debe hacer vida, es decir hacer su vida, las debe asumir proyectándoles sentido y significación.

La vida del hombre, de todo hombre, es ese ***instante***, huido y sediento de eternidad, que transcurre por los andamiajes del tiempo. Ese instante que emerge desde la fecundidad del innominado milagro y se hace presencia grávida en el misterio de la libertad. Las circunstancias limitan al hombre en su libertad, pero nunca lo determinan completamente, dado que en todo instante el hombre tiene que elegir lo que va a hacer, lo que quiere ser.

La relación del ***instante*** con la ***circunstancia*** no es una mera referencia intencional, es una mutua pertenencia, sólo desde la cual tienen sentido cada uno de los términos. Esa co-pertenencia es ***proyecto y ofrenda***, es decir, es una realidad ***ejecutiva*** en función de la cual cobran sentido las circunstancias y a la vez le dan sentido a la vida del hombre.

EL HOMBRE DE HOY, inicialmente debe imitar la pedagogía de aquel Quijote malherido cuando se le desdibujaron abruptamente los molinos de viento y pasaron frente a sus ojos los ***recuerdos*** más queridos, y biseló su ingrátida mirada con la impronta de ***imágenes*** que se transubstanciaron por ***instantes*** de un ayer presentificado.

Aferrarse a ese dulce e inusitado simulacro de ***imágenes*** que devienen disímiles como ángeles noctámbulos con inobjetables soledades azules o duendes insomnes de contornos sutilmente desdibujados. Aferrarse a ese dulce e inusitado simulacro de ***imágenes*** que devienen en palabras dilatadas con silencios de imponderable seducción o en tiempos incendiados con reminiscencias de demorados segundos.

Reencontrarse con aquellos ***instantes*** que regresan, haciéndose presente con la fuerza indubitable del misterio del ser que ya fue y las búsquedas del que todavía no es. Reencontrarse con aquellos ***instantes*** cuya nimiedad proyectada sobre el horizonte referencial, adquieren una dimensión sublime que

le permite al hombre no desesperar y le evita extraviarse desprovisto de brújula por las ciudades de la angustia y la desesperación.

EL HOMBRE DE HOY, tiene por tarea descubrir que a pesar de la aridez que las circunstancias, a veces, suelen imponer, la vida es una *mística celebración* –primigenia y sempiterna- y a ella debe asistir. No puede, no debe negarse, es su vocación última y trascendente, debe ejercerla sin conformismos, con esperanza, con **auténtica esperanza**. No esa esperanza pasiva que se apropia de los desesperados cuando las proximidades del naufragio no le permiten avistar el faro encendido de un puerto, sino por el contrario aquella esperanza activa que construye horizontes de salvación.

EL HOMBRE DE HOY, tiene por tarea descubrir que no está solo, que nunca estuvo solo, que a pesar de todo Dios siempre está con paciencia desmesurada: *“Ten en cuenta que estoy a la puerta y voy a llamar, y, si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos los dos”*² y además es fiel en la promesa *“...Voy hacer nueva todas las cosas...Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que tenga sed, yo le daré de beber gratis agua del manantial”*.³

² BIBLIA DE JERUSALEN, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2009, pág. 1822

³ Ídem, pág. 1837

Índice

Introducción.....	pág. 5
--------------------------	---------------

METÁFORAS

1.- Las noches de insomnio y las preguntas.....	pág. 9
2.- Las estaciones de trenes y la libertad.....	pág. 13
3.- Los leños encendidos y la entrega.....	pág. 17
4.- Los árboles, las tormentas y el dolor.....	pág. 21
5.- La felicidad y la paz interior, una búsqueda.....	pág. 25
6.- Lo difícil y lo imposible, una diferencia.....	pág. 29
7.- El amor y el temor a la muerte, una convivencia.....	pág. 33
8.- Lo importante y lo urgente, una decisión.....	pág. 37
9.- Las sombras y el pasado, una proyección.....	pág. 41
10.- El principito, el quijote y los molinos.....	pág. 45

INCENDIOS

I.- Había una vez...y era el hombre.....	pág. 51
II.- Fue el comienzo.....	pág. 52
III.- Celebró la existencia.....	pág. 53
IV.- Y después fue el aire.....	pág. 54
V.- Aquel Dios, le revelo su nombre.....	pág. 55
VI.- La inexpresable esencia de lo divino.....	pág. 56
VII.- De pronto se estremeció.....	pág. 57
VIII.- Definitivamente la tierra comenzó a gravitar.....	pág. 58
IX.- Partió el átomo de uranio.....	pág. 59
X.- Manifiesto por la esperanza.....	pág. 60

DE QUIJOTES Y UTOPIAS

Introducción.....	pág. 63
El Quijote se moría.....	pág. 65
I.- Condicionantes.....	pág. 67
II.- Empobrecimiento.....	pág. 69
III.- Indiferencia.....	pág. 71
IV.- Sometimiento.....	pág. 73
V.- Esperanza.....	pág. 75